

CAPÍTULOS GRATUITOS

**Cállate y bésame**

Zara Black



# CÁLLATE *y Bésame*

SAGA «TENÍAS QUE SER TÚ»



**Nova Casa** Editorial

A mi hermana Daida,  
porque sin ella este libro no  
existiría, y a Yaiza por sus  
increíbles portadas

## Una relación complicada

Cinco años de edad...

—¿¡Qué le hiciste a Rambo<sup>1</sup>?! —exclamó con furia un niño de pelo negro y ojos azul oscuro señalando a un pequeño hámster, el cual estaba teñido por completo de color fucsia y tenía una cresta, además de tener pegado al cuerpo una miniguitarra eléctrica.

—Ahora se llama Pinky y es una estrella del *rock* —respondió una niña de pelo castaño oscuro y largo con una sonrisa de felicidad, al ver como el hámster se sentaba y parecía que tocaba la guitarra.

—No es Pinky, es Rambo, y es un asesino cruel y sanguinario al que no le gustan las niñas tontas —rebatió el niño sacando al hámster de su jaula y enseñándoselo a la niña.

—Oye, oye... ¿¡a quién estás llamando niña tonta?!

—¡A ti! ¡Eres una niña tonta e inútil! ¡Y no vuelvas a acercarte a Rambo!

Dafne infló las mejillas con enfado antes de abalanzarse sobre Damián y tirarlo al suelo, para luego comenzar a pegarle en el pecho.

—¿¡Quién es el tonto y el inútil ahora?!

—¡Ah! ¡Suéltame, niña loca! —exclamó Damián soltando al hámster e intentando detener a Dafne, que lo golpeaba sin parar.

—Pídeme perdón y te dejaré en paz —ordenó Dafne.

—¡Nunca! —gritó Damián dándole un empujón a Dafne y haciéndola caer hacia un lado; el pelinegro se levantó rápidamente y cogió una espada de juguete que su padre le había comprado esa misma mañana, caminó hacia Dafne y la señaló con la espada—. Ríndete y di que yo soy mejor y más fuerte.

<sup>1</sup> Personaje de ficción y protagonista de la saga de películas de acción «Rambo».

—Oye, oye... mi papá siempre dice que está mal decir mentiras —contestó Dafne cruzándose de brazos; Damián frunció el ceño y le pegó con la espada en la cabeza—. ¡Me has pegado!

—Te dije que te rindieras, la culpa es tuya. Y ahora, arrodíllate ante mí y suplica por tu vida —ordenó Damián señalando el suelo, a lo que Dafne se cruzó de brazos y negó con la cabeza—. ¡He dicho que te arrodilles, niña tonta!

—¡Y yo he dicho que no voy a hacerlo! —exclamó Dafne tomando uno de los muñecos de acción que había en el suelo y lanzándoselo a la cabeza.

—¡Ay, eso duele! ¡Dafne, te vas a enterar! —proclamó Damián a gritos levantando la espada por encima de su cabeza; sin embargo, unos chirridos llamaron la atención de los dos niños, que comenzaron a buscar como locos el origen del extraño sonido—. ¿Qué es eso?

—Mira, es Pinky —indicó Dafne.

—¡Te he dicho que se llama Rambo! —recordó Damián.

Ambos se arrastraron bajo la cama, donde estaba el pequeño hámster fucsia acostado y haciendo extraños movimientos y ruidos, hasta que, de repente, se quedó en silencio y muy tieso. Damián, extrañado, lo golpeó con el dedo, pero su mascota no se movió ni lo mordió como era habitual, por lo que volvió a darle un par de golpes, pero el hámster seguía sin moverse.

—Oye, oye... ¿por qué no se mueve? —preguntó Dafne apretándole la barriga al hámster y esperando que hiciese algún movimiento, pero al no hacerlo miró a Damián esperando que él supiese qué le pasaba—. Pinky, despierta.

—¡Que se llama Rambo! —recordó Damián una vez más a gritos tomando al hámster entre sus manos y acariciándolo, pero al ver que no se movía miró a Dafne con odio—. ¡Se murió por tu culpa!

—¡No está muerto, está dormido!

—¡Está muerto como el gato de la señora Navarro, al que le diste de comer chocolates! ¡Eres una asesina!

—¡Yo no soy una asesina, retíralo! ¡Y ese gato fue muy feliz cuando yo le di chocolate, no es mi culpa que se muriera!

—¡Eres una asesina, mataste a Rambo!

—¡Que yo no lo maté!  
—¡Que sí!  
—¡Que no!  
—¡No quiero ser amigo de una asesina de mascotas!  
—¡Que yo no lo maté, y tampoco quiero ser tu amiga! ¡Le voy a decir a mi papá que no me traiga más aquí!  
—¡Bien!  
—¡Bien!

•

Once años de edad...

—¡Devuélveme mi collar! —gritó Dafne con furia mirando hacia Damián, que tenía entre sus dedos un precioso collar con forma de corazon, pero cuyos bordes eran formados por unas alas de color bronce.

—¿Y quién dice que es tuyo?! Estaba por ahí tirado, así que ahora es mío —contestó Damián poniéndoselo, mientras Dafne lo miraba con odio y buscando cualquier objeto en su habitación que le sirviera como arma.

—¡Damián, he dicho que me lo devuelvas! —gritó la morena con furia tomando la posición inicial de lucha al no encontrar nada útil como arma; su profesor de taekwondo le había dicho que no debía atacar a gente inocente, pero ese niño se lo estaba buscando—. Oye, oye... como no me lo des, te vas a enterar.

—¿Y qué vas a hacerme? —preguntó Damián con burla, Dafne entrecerró los ojos antes de atacarlo con ira, sin embargo, él también estaba asistiendo a clases de defensa personal, por lo que paró cada uno de sus golpes con eficiencia—. No vas a ganarme, yo soy mejor.

—Eso ya lo veremos —dijo Dafne levantando la pierna e intentando pegarle una patada; pero, desafortunadamente, Damián paró el ataque con la mano, y luego con el pie golpeó su otra pierna y la hizo caer.

Dafne lo miró con enfado y Damián se cruzó de brazos mostrándose superior, algo que irritó terriblemente a la morena, que se puso en pie de un salto y comenzó a atacarlo de nuevo.

—Ríndete «Oye, oye» —habló Damián echándose hacia atrás para esquivar una nueva patada de Dafne—. De ahora en adelante te llamaré «Oye, oye», porque eres una pesada y no haces sino repetir eso una y otra vez cuando hablas.

—Oye, oye... eso no es cierto —discutió Dafne parando un puñetazo que iba directo a su estómago, Damián entrecerró los ojos y la miró.

—¡Lo has vuelto a decir! —exclamó el pelinegro subiéndose a la cama para luego lanzarse sobre Dafne, pero ella fue mucho más rápida y se apartó, haciendo que él se diese de bruces contra el suelo—. ¡Ay!

¡Voy a matarte!

—¿Oye, oye... tú y cuántos más? —preguntó Dafne en tono burión para luego comenzar a reírse de él, mientras Damián tomaba la silla del escritorio para comenzar a correr detrás de Dafne con ella.

—¡Quédate quieta para que pueda matarte! —gritó Damián mientras la perseguía a toda velocidad, pero, por desgracia, se tropezó y se cayó al suelo, golpeándose la cabeza con la silla.

—¡Jaa! ¡Damián es un inútil, Damián es un inútil! —comenzó a cantar Dafne bailando a su alrededor, mientras él se acariciaba la frente con dolor.

—¡Cállate «Oye, oye»! —bramó furioso lanzándole una mirada asesina. Dafne se detuvo y le enseñó la lengua para luego seguir cantando. Al ver que Dafne no se callaba, se abalanzó sobre ella y ambos comenzaron a rodar por el suelo mientras se pegaban mutuamente.

—¿A qué viene tanto escándalo? ¡¿Damián, qué estás haciendo?! —exclamó su padre; era un hombre alto y muy ancho de espalda, de cabello negro pero rapado al estilo militar, con ojos oscuros y una curiosa cicatriz en la mejilla izquierda. El hombre se acercó a los dos niños y los separó—. ¿Por qué estabais peleando?

—Él me dijo que era una niña inútil; y también comenzó a perseguirme con una silla diciendo que iba a matarmeee. —Dafne hizo un puchero y se abrazó a la pierna del hombre sollozando, mientras Damián miraba atónito la situación.

—Damián, ¿es eso cierto? —preguntó su padre con voz severa, él no supo qué contestar y vio cómo Dafne sonreía de forma malvada,

para luego abrazarse a la pierna de su padre de nuevo. ¡Le estaba ten- diendo una trampa!—. Estás castigado, jovencito.

—¡Pero papá! ¡Empezó ella!

—No digas mentiras, Dafne es una niña muy buena —aseguró su padre acariciando la cabeza de la morena, mientras Damián abría la boca con indignación.

¡¿Que ella era buena?! ¡Ella era la niña más mala que había conocido en su vida, ella era un demonio!

—¡Ella no es buena! ¡Ella es mala, es muy mala... si ella fue la que empezó a pegarme! —gritó Damián intentando hacer entrar en razón a su padre, pero él negó con la cabeza, luego se agachó y consoló a Dafne, que aún seguía fingiendo que lloraba.

—Ya basta de mentiras, Damián —aseguró su padre poniéndose en pie, cogiéndolo del brazo con fuerza y llevándolo al salón, donde esta- ban los padres de Dafne y su hermana mayor leyendo un libro.

Su padre tomó una de las sillas del salón y la colocó mirando hacia la pared.

—Siéntate ahí y piensa en lo que hiciste.

—¡Pero yo no hice nada!

—¡Silencio! —exclamó su padre con fuerza.

Damián se cruzó de brazos y de reojo vio como Dafne se reía con maldad y luego se sentaba en el sofá al lado de su hermana mayor. Cómo odiaba a esa niña. Pero que no creyese que las cosas se iban a quedar así, esto era la guerra.

•

Quince años de edad...

Damián sonrió al ver la colmena que tanto había buscado; con agi- lidad trepó por el árbol, hasta quedar sobre la rama en la que se en- contraba la colmena. Tomó el tridente que llevaba en su espalda y la pinchó, con cuidado se deslizó árbol abajo y luego sonrió con malicia, ya estaba empezando a imaginarse la cara de miedo de Dafne. Divisó

la tienda de campaña de Dafne y Nora sin problemas, miró a los lados para asegurarse de que sus padres estaban lejos y entró en la tienda.

—«Oye, oye» suplica por tu vida si no quieres que suelte esta colmena llena de abejas —indicó Damián señalando la colmena con los dedos, y como era de esperar Dafne abrió los ojos de forma desorbitada antes de esconderse detrás de su hermana Nora.

—¡No voy a suplicar por mi vida y saca eso de aquí, que soy alérgico a su picadura! —exclamó Dafne con enfado tomando su arco y el carcaj del suelo.

—Lo sé —dijo Damián balanceando la colmena delante de ambas chicas.

—¡Como no saques eso ahora mismo de aquí juro que te clavo una flecha, Damián! —gritó Dafne sacando una flecha del carcaj y colocándola en el arco.

—¡Que soy Damien! ¡Damien! —chilló él con furia.

Hacía ya un par de años había decidido cambiar su nombre por uno que sonase mejor, pero esa mujer inútil se empeñaba en seguir llamándolo por su viejo y feo nombre.

—Esto... ¿por qué no podéis tomaros las cosas con calma por una vez? —intervino Nora, la hermana mayor de Dafne.

Damián la miró y entrecerró los ojos. Nora era dos años mayor que ellos y era de igual estatura que Dafne; también poseía los mismos ojos color miel, al igual que su pelo, que también era castaño oscuro, pero el cabello de Nora era mucho más corto. Si Dafne lo tenía por media espalda, a Nora apenas le tocaban los hombros. Además, Nora era mucho más tranquila y relajada y siempre, pero siempre, estaba leyendo libros policíacos.

—¡No! —gritaron ambos a la vez.

—¡Suelta esa colmena! —chilló Dafne tensando la cuerda del arco.

—¡Ríndete y suplica por tu vida! ¡Luego negociaremos los términos de tu rendición y entonces soltaré la colmena! —expuso Damián también a gritos.

—Damián, eres hombre muerto.

—¡Soy Damien! ¡Damien para ti, mujer inútil! —exclamó Damián moviendo el tridente de un lado a otro de tal manera que varias abejas



saliesen y volasen por la tienda de campaña, haciendo que Dafne se pusiese histérica y disparara. Damián sintió un dolor horrible en el pecho y miró hacia el hombro derecho, ¡tenía una flecha clavada! ¡Dafne le había disparado!—. ¡Me has disparado una flecha, maldita loca!

Damián lanzó el tridente con la colmena clavada hacia Dafne y Nora, las dos gritaron antes de comenzar a correr fuera de la tienda de campaña junto con él.

—¡Me disparaste! ¡¿Es que estás loca?! —reclamó Damián mientras saltaba por encima de un árbol al igual que Dafne.

—¡Tú te plantaste en mi tienda de campaña con una colmena llena de abejas, cuando sabes que soy alérgica a su picadura! ¡Te lo tienes merecido! —exclamó Dafne tropezando y cayendo al suelo, pero fue rápidamente ayudada por Nora—. ¡Te juro que esta me la pagas!

—¡¿Que esta te la pago?! ¡Tengo una puta flecha clavada en el hombro! —recordó Damián señalando la flecha que sobresalía de su cuerpo.

—¡Al lago, rápido! —indicó Nora tirándose al lago al igual que ellos dos.

Estuvieron metidos en la fría agua del lago hasta que las abejas se cansaron de buscarlos.

—Nora, no me encuentro bien —comunicó Dafne, la morena nadó como pudo hasta su hermana y le enseñó sus brazos, que empezaban a hincharse, y además sentía su cara arder. Miró a Damián, que nadaba hacia ellas también con cara de enojo—. Oye, oye... como me muera te juro que mi fantasma te perseguirá para siempre.

—Cállate, que yo tengo una flecha clavada en el hombro. ¡Casi me matas, maldita psicópata! —se quejó a gritos el ahora pelirrojo nadando a paso muy lento hacia la orilla.

Una vez fuera, Damián se tumbó sobre las piedras; estaba cansado y le dolía un montón el hombro, pero le daba miedo quitarse la flecha y que comenzase a brotar sangre como si fuera un aspersor. Vio cómo Nora ayudaba a una hinchada Dafne a salir del agua y luego la tumbaba a su lado con cuidado; miró con curiosidad a ambas chicas, las dos estaban completamente empapadas y parecían exhaustas. Nora se acercó a él y le examinó la herida para luego tocarle la frente.

—Trata de descansar, voy a buscar a nuestros padres; y no te quites la flecha, es la que está parando la hemorragia —dijo Nora con voz

preocupada, luego examinó de nuevo a Dafne y frunció el ceño—. Vigila a Dafne, voy a por nuestros padres. Hay que llevaros al hospital cuanto antes.

Damián asintió y Nora salió corriendo. Como pudo, Damián, se sentó y observó a Dafne; estaba completamente mojada y la ropa se le pegaba al cuerpo, además, se estaba hinchando por momentos y al parecer le estaba comenzando a costar respirar, porque hacía un ruidito extraño. Por favor, que no tuviese que hacerle el boca-boca, nada más de pensarlo le daban ganas de vomitar.

—Oye, oye... deja de mirarme —indicó Dafne, Damián apartó la mirada de ella rápidamente y frunció el ceño.

—¡No estoy mirándote! ¡Solo estoy asegurándome de que no te mueras, no quiero que mi padre me castigue de por vida! —gritó Damián haciendo aspavientos con las manos—. Te voy a tomar una foto y la publicaré en todos los medios de comunicación.

—¡Como hagas eso puedes darte por muerto! —chilló Dafne con ira intentando ponerse en pie, pero estaba demasiado agotada; así que permaneció tumbada, pero tratando de amenazar a Damián con la mirada.

—¿Te pasa algo en la cara? —preguntó él enarcando una ceja.

—¡Estoy asesinandote con la mirada, así que muere!

—Estás loca.

—Y tú eres un gritón hiperactivo.

—A ver si hay suerte y te quedas en coma una temporada.

—¡Damián!

—¡Que soy Damien! ¡Damien! ¡No es tan difícil!

—¿Qué pone en tu DNI?

—Cállate.

—¡Damián, Dafne! ¿Estáis bien? —Damián se volteó y vio a su padre y al padre de Dafne corriendo a toda velocidad hacia ellos con cara de preocupación; tras ellos llegó Nora, que ayudó a Dafne a incorporarse—. ¿Pero en qué estabais pensando?

—Papá, creo que me muero, y todo por culpa de Damián, que llevó una colmena a nuestra tienda. —Escuchó decir a Dafne, por lo que enseguida señaló la flecha que tenía clavada en el pecho.

—¡¿Que tú te vas a morir?! ¡Me disparaste una flecha, maldita loca!

¡Podrías haberme matado! —recordó Damián incorporándose gracias a la ayuda de su padre.

—Silencio los dos, vamos al hospital y luego ya hablaremos —ordenó su padre utilizando el tono que usaba cada vez que iba a castigarlo; Damián asintió de mala gana y caminó en dirección al coche siguiendo al padre de Dafne, que cargaba con la morena.

•

Actualidad, 19 años de edad...

—Oye, oye... ¡¿pero tú qué te has creído?! Llevo diez minutos esperando por mi comida, para que vengas tú y me la robes —indicó Dafne tomando su cuchillo y clavándolo en la bandeja que Damián interpuso en su camino.

—Te robé una patata, cómo te encanta exagerar las cosas «Oye, oye»

—dijo Damián tomando otra patata del plato de la chica, algo que hizo enfurecer a la morena aún más.

—¡No me lames «Oye, oye», ahora estamos en la universidad, Damián! —dijo la chica arrancando el cuchillo de la bandeja y clavándolo en la mesa con fuerza.

—¡Damien! ¡Soy Damien para ti, mujer inepta! —proclamó Damián a gritos señalándola, ella se limitó a hacerle burlas y el pelirrojo entrecerró los ojos enfurecido—. De todas las carreras tenías queoger Derecho.

—¡Mi madre es abogada, idiota! Es lógico que terminara en Derecho. ¡¿Y tú, qué narices haces estudiando criminología?! ¡Te podías haber metido en el ejército para no tener que ver tu horrible rostro casi todos los días! —declaró Dafne cruzándose de brazos.

Dafne había decidido estudiar Derecho, al igual que su madre. Días después, descubrió que Damián se había matriculado a Criminología y que esa carrera se estudiaba en su misma facultad, lo que, añadido a su mala suerte, significaba cruzarse con el pelirrojo hiperactivo diariamente.

—¡Estudio lo que me da la gana! ¡Y ya deja de gritar por todo, estoy harto de tus gritos! —bramó Damián golpeando la cabeza de Dafne

con la bandeja, ella se levantó enfurecida y trató de sacarle los ojos con el tenedor, pero Damián se subió de un salto sobre la mesa de al lado y la fue esquivando sin problemas—. Oye, oye... oye, oye... oye, oye...

—¡Cállate y estate quieto para que pueda ensartarte! —gritó Dafne subiéndose sobre la mesa de un salto para luego intentar pegarle una patada a Damián; el pelirrojo paró su patada y trató de golpearla con la bandeja, pero ella hizo un mortal hacia atrás y cayó al suelo con elegancia provocando un fuerte aplauso—. Gracias, mi querido público.

—¡No seas presumida «Oye, oye»!

—¡Cállate, Damián!

—¡Damien! ¡¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?! ¡Voy a grabarte el nombre de tu todopoderoso dios por la fuerza! ¡Tú te lo has buscado, mujer! —Damián se bajó de la mesa dando un salto, momento que aprovechó Dafne para tirarle su plato de comida por encima; pero no contenta con eso, también tomó una lata de refresco y le vació el contenido sobre la cabeza—. Vas. A. Morir.

—¿Y quién va a matarme, tú? —preguntó Dafne para luego comenzar a reírse de forma macabra, Damián apretó los puños con frustración y la miró furioso.

¡Esa mujer! ¡Acababa de dejarlo en ridículo delante de toda la facultad! Pero que no se creyera que eso iba a quedar así, su cuerpo reclamaba venganza, pero no una venganza cualquiera, quería hacerle algo que la marcara y la enfureciera tanto que explotara de la rabia. Sacudió la cabeza y unas cuantas patatas cayeron sobre sus hombros, estaba mojado, sucio y terriblemente enfadado. Quería que esa mujer sufriera y le suplicara por su vida, pero primero quería joderle la existencia y sabía una muy buena manera de hacerlo. Tomó la mochila de uno de sus compañeros de clase para usarla como arma; tal y como esperaba, Dafne se echó hacia atrás para esquivarlo, así que rápidamente la cogió el brazo, tiró hacia él y la besó.

## Diferentes puntos de vista

Dafne

Estaba tan... tan... ¿Cuál era la palabra? ¿Furiosa? ¿Enfadada? ¿Rabiosa? Digamos que estaba las tres cosas juntas y con unas terribles ganas de cometer un asesinato. Había visto las suficientes series de televisión para saber cómo matar a alguien y ocultar el cadáver, además, su padre era policía y su madre fiscal, conocía de sobra las leyes del país y eso le permitía poder usarlas a su favor.

Una vez más, restregó su mano derecha contra sus labios, ¡ese cabrón la había besado! ¡La había besado por sorpresa, así sin más! Volvió a frotarse los labios con fuerza intentando eliminar el hormigueo que aún sentía sobre la piel. ¡¿Cómo se había atrevido?! Se tiró sobre la cama y se puso a patalear un buen rato sobre ella; hasta que, cansada, hundió la cabeza en la almohada.

Pero esto no iba a quedar así, de eso nada... Iba a vengarse, y su venganza sería terrible; que ese idiota no creyese que iba a mancillar sus labios e iba a quedar impune. Apretó la almohada entre sus manos y luego apretó la cabeza sobre ella para comenzar a gritar insultos. Realmente no sabía con quién estaba más enfadada, si con el imbécil de Damián por besarla, o con ella misma por no haberle partido la cara allí mismo. De hecho, su reacción fue de lo más patética; se quedó quieta, callada y sonrojada... y cuando por fin reaccionó, con grandes instintos asesinos, Damián ya se había marchado de la cafetería, aunque claro, el muy cobarde había huido nada más separarse de ella.

Ese chico podía darse por muerto.

De todas las putadas que se habían hecho durante todos estos años, esta había sido la peor. ¡¿En qué narices estaba pensando cuando

decidió besarla?! Obviamente, lo había hecho como venganza por haberle tirado el plato de comida encima y humillarlo, pero había una línea que no debían cruzar y Damián la había ignorado por completo. De hecho, el falso pelirrojo había pisoteado esa línea y posteriormente bailado sobre ella.

Estrujó la almohada antes de lanzar un gruñido y tirarla contra el escritorio. Llevaba un par de horas encerrada en su habitación con un humor de perros pensando en una buena forma de vengarse, pero ninguna idea le parecía lo bastante cruel. Únicamente la idea de ver su cabeza clavada en una pica la satisfacía.

—¿Qué haces? —preguntó Ann entrando por la puerta y sentándose de un ágil salto sobre su escritorio.

Dafne miró a su amiga. Annalise era su mejor amiga desde que la conoció, con unos cinco o seis años; ella era su alma gemela en el tema de las travesuras, y una gran amiga que le proporcionaba apoyo moral en todo. Físicamente era una chica delgada y bastante atlética (como ella), tenía el rostro ligeramente redondeado, el cabello rubio —como toda inglesa— y muy largo, y unos brillantes ojos azules. Pero que su dulce y delicada apariencia de ángel caído del cielo no os engañase, ella era un demonio, un lobo con piel de cordero, una mujer de armas tomar... Iba quedando clara la idea, ¿no? Ann era muy inteligente y, por suerte para ella, esa inteligencia la usaba para el mal, siempre con indicaciones suyas para que ese mal diese frutos rápidos y divertidos.

—Estoy pensando en formas de joderle la vida a Damián —contestó Dafne mirando hacia su amiga, la rubia cruzó las piernas elegante-mente y la miró.

—¿Y se puede saber qué te hizo hoy? —curioseó la rubia mirándola con interés, Dafne gruñó y meditó unos instantes si debía o no contarle lo sucedido; al final, se decantó por hacerlo, al fin y al cabo, ellas no se ocultaban nada.

—El muy desgraciado me besó des...

—¿Cómo que te besó?! —exclamó Ann abriendo los ojos de forma desorbitada e interrumpiéndola—. ¿Y besa bien?

—¡Ann! ¡Ese imbécil me besó por sorpresa para humillarme y dejarme en ridículo delante de toda la facultad! —indicó ella poniéndose

en pie de la rabia y lanzándole una mirada atemorizante—. Voy a matarlo, te juro que voy a matarlo.

—¿Pero besa bien? —Dafne le lanzó una mirada asesina y la rubia entendió que, si no quería morir, sería mejor que dejase ese tema—.

¿Y en qué has pensado?

—En arrancarle la cabeza y clavarla en una pica, como en *Juego de Tronos*<sup>2</sup>—expuso Dafne con ojos brillantes; Ann suspiró, y ella la miró—. ¿Qué? Me besó sin mi autorización, merece morir.

—Vamos, que no tienes ideas —dijo Ann.

—Oye, oye... sí que tengo ideas, arrancarle los ojos con un sacacorchos es una idea.

—¿Alguna idea en la que no lo mutes y que no acabe con nosotras arrestadas? —preguntó Ann; Dafne se quedó unos segundos en silencio repasando sus planes, hasta que negó.

—Lo suponía —indicó su amiga poniéndose en pie. Dafne la vio dar un par de vueltas, para luego detenerse y mirarla con media sonrisa—. Tengo una idea, ¿qué te parece ignorarlo durante un par de días?

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amiga?! —bramó Dafne tomándola de los hombros y zarandeándola de un lado a otro.

—Ay... me mareo —murmuró Ann. Dafne se separó de ella dispuesta a darle dos guantazos para que volviese en sí, pero la rubia aprovechó el momento para tirarse sobre el *puf*<sup>3</sup> nuevo que había comprado—. Piénsalo bien, Damián está esperando tu venganza y que mañana montes una escena. Por lo que si no haces nada lo desorientarás, y estará tan confuso que se herirá a sí mismo.

—Ann, que no es un *pokemon* —recordó Dafne.

—Bien, pues como futura psicóloga te digo que lo ignores, ya verás que se queda hecho un lío; de hecho, mañana voy a escaparme de alguna de mis clases, para poder ver cómo mi teoría se demuestra

—aseguró la rubia, Dafne rodó los ojos y se tiró sobre su cama con los brazos abiertos.

2 Serie americana de fantasía, la cual es adaptación de la novela escrita del mismo género: *Una canción de hielo y fuego*.

3 Es un asiento relleno de un material blando cubierto por una tela rígida que puede ser de diferentes materiales. El relleno es de trozos de poliestireno, lo que hace al asiento adaptable a diferentes espacios y usos.

Desde que había empezado la carrera de Psicología no había quien la soportase; haciendo perfiles de todo el mundo, analizándolos como si fueran conejillos de indias, por no mencionar que se compró un diván para su dormitorio y que había empezado a pasar consulta a algunos vecinos. Pero tenía que reconocer que era una psicóloga muy buena y analizaba muy bien a sus pacientes; así que, si ella recomendaba ignorar al pelirrojo, lo haría. Por primera vez en diecinueve años ignoraría a Damián, sonrió de medio lado, ¿de verdad se desconcertaría?

—Matt está empezando a sospechar —habló Ann mirándola con preocupación.

Dafne asintió, sabía a lo que se refería. Ann llevaba un mes saliendo en secreto con Kyle, una especie de científico loco adicto a llevarsudasderas de colores. Era un buen chico y quería mucho a su amiga, pero el problema (y la principal razón por la que estaban saliendo en secreto) era el superprotector hermano mayor de la rubia. Matt era una de las personas más increíbles que había conocido en su vida, era guapo, inteligente, valiente, audaz, capaz de crear una estrategia de combate en cuestión de segundos, conocía todos los trucos de los videojuegos y era el mejor amigo de su hermana; pero el chico había desarrollado un exagerado sentido de la protección sobre Ann y Nora.

Actualmente, solo ella y Nora tenían conocimiento de la relación de Ann con Kyle y, pese a que Nora había insistido en que lo mejor era contarle la verdad a Matt, ni Ann ni Kyle estaban por la labor. Siendo sincera, había empezado a pensar que eso de estar saliendo en secreto les daba morbo.

—Oye, oye... deberías decírselo —dijo Dafne, Ann enarcó una ceja.

—El beso con Damien te ha trastornado.

—Se llama Damián, y no me recuerdes ese horrible momento.

Ann soltó una carcajada y ella infló las mejillas con enojo.

—Me lavé los dientes cinco veces y gasté todo el enjuague bucal.

—Podríamos coger cucarachas, escacharlas y metérselas en la comida —propuso Ann, ella ladeó la cabeza.

No era mala idea, pero el que no hubiese sangre de por medio la desanimó un poco.



—Sé que puedes pensar en algo mejor. —Dafne miró hacia Ann y la rubia asintió convencida.

—Mmm... hay algo que me tiene intrigada. —Dafne le hizo una señal para que hablase—. Te besó y no le partiste la cara allí mismo; sé que el decano os ha llamado la atención varias veces, pero algo así no te impediría golpearlo hasta el agotamiento.

—El muy cobarde huyó rápido, no me dio tiempo de reaccionar —explicó brevemente.

Estaba ocultando el pequeño detalle de su parálisis y sonrojo momentáneo, pero eso había sido a causa de la sorpresa; no obstante, sabía que, si se lo contaba a Ann, ella comenzaría a analizar la situación y a ella también, y no tenía ganas de que su amiga le hiciese un perfil psicológico —otra vez—. Además, la rubia sacaría conclusiones estúpidas sobre lo sucedido, y ya tenía bastante con sus pensamientos.

—Interesante... —masculló Ann llevándose la mano derecha a la barbilla para luego ponerse a mirar hacia el techo.

Dafne rodó los ojos molesta y estiró la mano para tomar una de sus zapatillas, que le lanzó a la rubia a la cabeza.

—¡No me analices! —exclamó furiosa.

—¿Tienes miedo de que descubra algo? Como, por ejemplo, ¿que te gustó besarlo? —curioseó Ann enarcando una ceja y escondiendo de forma penosa una sonrisa traviesa.

—¡¿Tú estás mal de la cabeza?! No me gustó besarlo, de hecho, fue la peor experiencia de mi vida; mírame, estoy traumatizada, ¡traumatizada por culpa de ese engendro! —chilló Dafne haciendo que su amiga comenzase a reírse de forma descontrolada, por lo que la morena le lanzó una mirada asesina antes de caminar hasta ella y tirarla del *puf*.

—¡Ay!

—Oye, oye... me voy a matar zombis —dijo tirándole el *puf* encima y abandonando la habitación.

¡A ella no le había gustado besarlo! Fue horrible, espantoso, terrible, fue como besar a un puercoespín, algo realmente asqueroso y que nada más de recordarlo le daban ganas de vomitar. ¿Gustarle? ¿A ella? Pero si sintió cómo el estómago le daba un vuelco, claramente por el asco que le había dado el contacto de los labios de Damián sobre los suyos,

por no hablar del hormigueo tan extraño que sentía aún en los labios (otra muestra más del asco que sentía por ese chico). ¿Gustarle? ¿En serio? Annalise había perdido el juicio por completo. A ella jamás le gustaría besar a Damián, de hecho, «besar» y «Damián» ni siquiera deberían coexistir en una misma frase.

Caminó hasta el salón y tomó el mando de la Xbox; mataría zombis imaginándose que su cara era la del falso pelirrojo.

•

### Damián

...cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, y cincuenta; contó mentalmente, deteniéndose y sacando los brazos detrás del cuello. Había hecho cincuenta abdominales, sabía que podía hacer más, pero hoy no tenía ganas; bostezó y se quedó mirando hacia el techo.

¿En qué momento de lucidez mental había decidido que era buena idea besar a la «Oye, oye»? Desde entonces llevaba todo el día con un extraño palpito, y eso lo preocupaba, ¿esa mujer diabólica le habría pasado alguna enfermedad mortal? Porque con ella nunca se sabía; quizás debería ir mañana a hacerse un análisis de sangre, porque ese ritmo cardíaco tan acelerado no era normal. Pero tenía que reconocer que había sido un puntazo, lástima que por miedo a su integridad física huyese rápidamente; aunque la reacción de Dafne tuvo que ser espectacular, seguro que hasta escupió espuma por la boca de lo rabiosa que estaría... y quién la vería mañana, con los ojos en llamas y dando voces pidiendo su muerte.

No pudo evitar reírse con satisfacción, seguro a estas horas esa mujer estaría desquiciada y maldiciéndolo en todos los idiomas existentes. Se puso en pie con un ágil salto y recogió la esterilla que usaba para las flexiones y los abdominales, la colocó al lado del armario y miró su habitación. Eso de tener más energía que el resto de los humanos a veces estaba bien, no solo había recogido y limpiado la cocina, sino también su dormitorio, e incluso le habían sobrado energías y se había puesto a hacer abdominales para matar el tiempo. No es que quisiera

moldear aún más su cuerpo, pero cuando tu padre se dedica a castigarte haciendo flexiones o abdominales de forma tan seguida uno se acostumbra y hasta acaba por gustarte.

Se pasó la mano por el cabello y al llegar al lado izquierdo, entornó los ojos... Hacía cosa de un mes Dafne había ido a su casa obligada por su padre —que sus progenitores fueran amigos íntimos era un auténtico asco— y casualmente él estaba durmiendo, ya que se había pasado la noche entera viendo un maratón de capítulos de *Mentes Criminales*<sup>4</sup>. Pues a esa mujer no se le ocurrió otra cosa que raparle al cero un cuarto de cabeza, afortunadamente, se despertó; ya que el objetivo de la... ¿chica? —a veces dudaba de que fuera una mujer— era raparle media cabeza, y en la otra media cortarle el pelo como si una cabra le hubiese comido el cabello. A consecuencia de ese acto terrorista contra su imagen, había tenido que ir a toda prisa a la peluquería donde, más o menos, arreglaron el desperfecto; y decía «Más o menos» porque quedó con la parte izquierda irremediablemente rapada. Lo sorprendente de todo eso fue que luego su extravagante corte de pelo se puso de moda y muchos estudiantes lo imitaron.

Modas, ¿quién las entiende?

Por suerte, su cabello había crecido y ahora no quedaba tan ridículo; seguía teniendo el pelo disparejo, pero tenía que reconocer que aquello le sentaba bien, de hecho, le quedaba muy bien y los piropos del sector femenino lo demostraban.

Miró a su alrededor buscando el monopatín nuevo. Como no lo vio, decidió buscarlo debajo de la cama y ¡bingo! Sacó el monopatín negro y se lo colocó en la espalda, iría a la calle a practicar un poco.

Tomó las llaves del escritorio y se guardó la cartera en el bolsillo posterior. Después de volverse un experto en la disciplina del *parkour*<sup>5</sup>, o también llamado el arte del desplazamiento, decidió que sería bueno probar cosas nuevas y qué mejor que el *skate*. Además, las habilidades del *parkour* le facilitaban las cosas. Salió de su casa e inmediatamente se subió sobre el monopatín tratando de impulsarse cada vez más. Le encantaban los deportes de riesgo, le hacían sentir vivo y libre. Y hoy necesitaba sentirse

4 Serie estadounidense de drama criminológico.

5 Disciplina física de origen francés centrada en la capacidad motriz (escalar, saltar, correr, mantener el equilibrio, etc.), consiste en desplazarse eficazmente en cualquier entorno.

así, desde el beso con la «Oye, oye» todo había sido muy raro... y lo peor de todo era que no podía sacarse esa imagen de la cabeza.

¿Pero en qué coño había pensado?! Quería venganza, venganza por dejarlo en ridículo en la cafetería delante de toda la facultad, pero se suponía que la venganza no debía afectarle a él; tenía que hacer que ella sufriera y no dejarlo a él con ese extraño cosquilleo en el fondo del estómago durante todo el día. Joder, seguro que le había pegado alguna enfermedad, si esa chica era puro veneno y al veneno no se le besa, se destruye y punto.

Dio un pequeño salto e intentó voltear la tabla, pero lo único que consiguió fue golpearse el tobillo... bueno, a nadie le salen los trucos a la primera.

—¿Skate? —Levantó la mirada y se encontró con Ren a unos metros, por lo que le pegó una patada a la tabla hasta ponerla en posición vertical, para así poder cogerla sin apenas agacharse.

Ren era de origen japonés, como demostraban sus rasgos: ojos rasgados, piel pálida y pelo negro extremadamente liso. Al contrario que él, a Ren le gustaba llevar el pelo largo (ahora mismo lo tenía hasta el final del cuello) y siempre usaba gorros a juego con sus gafas. Otro objeto que llevaba siempre consigo era una *tablet* o un *laptop* para poder conectarse desde cualquier parte a Internet, ya que la tecnología era algo así como su obsesión. Pero tenía que reconocer que era el mejor *hacker* que había conocido en su vida (y había conocido a unos cuantos). De hecho, era esa gran habilidad suya de piratear cualquier cosa la que le había permitido ser uno de los jefes del Instituto Quevedo; y posteriormente, él se encargó de enseñarle defensa personal para poder enfrentarse a los líderes del instituto rival —donde, obviamente, estaba su gran enemiga Dafne dirigiendo a los alumnos.

Vio como Ren pulsaba la *tablet* a una velocidad increíble, se acercó a él para curiosear.

—Es divertido, ¿y tú qué haces? —Ren levantó la cabeza y señaló el semáforo.

—Trato de entrar en Tráfico para poder hacerme con el control de todos los semáforos de la ciudad, estoy harto de llegar tarde porque mi autobús coge todos los semáforos en rojo —explicó Ren con seriedad,

Damián enarcó una ceja y lo miró con serias dudas sobre lo que estaba haciendo.

—Eso es un delito.

—Solo si te pillan, y créeme, no van a pillarme —dijo Ren para volver a mirar la pantalla—. Maldita sea.

—¿Ocurre algo?

—Nah... solo que voy a tardar más de lo que había pensado. —Ren guardó la *tablet* en su funda y miró hacia su tabla—. ¿Es que ya te can- saste de corretear y trepar por las paredes?

—No, pero pensé hacer algo diferente —comentó Damián mientras ambos comenzaban a caminar—. Ya sabes que no me gusta estar parado sin hacer nada, y como al *parkour* ya le cogí el truco, pues de- cidí probar con el *skate*.

—A veces me encantaría tener toda tu energía —comentó Ren mi- rándolo, Damián asintió con orgullo; la mayoría de las veces la gente se quejaba de su exceso de energía, por lo que debía aprovechar las raras ocasiones en las que lo alababan—. Había pensado pasarme mañana por tu facultad, la mía es demasiado aburrida. Nunca pasa nada.

El japonés no hacía sino quejarse de lo aburrida que era su facultad, pero claro, su antiguo instituto era una locura; por no mencionar la guerra que tenían con los del Instituto Góngora. Así que todos los días se los pasaban ideando planes para someter a la «Oye, oye» y al resto de jefes; y a eso había que sumarle los intentos de sublevación de varias bandas y las bromas que le gastaban a la patrulla policial que había a la entrada del instituto. Suspiró con melancolía, a veces echaba de menos el instituto y tener tanto poder... porque en Quevedo era uno de los je- fes; pero en la universidad no era más que un estudiante insignificante que mantenía una guerra con un demonio disfrazado de mujer.

—Genial, así lucharemos los dos contra la «Oye, oye», como en los viejos tiempos —dijo tomando a Ren del hombro y medio abrazán- dolo—. Entre los dos podemos someterla y obligarla a que se rinda y reconozca que yo soy mejor y más fuerte e inteligente.

—¿Aún sigues con eso? —preguntó Ren con una mezcla de aburri- miento y diversión, Damián asintió con fuerza y el japonés se liberó de su agarre—. Sabes perfectamente que jamás reconocerá nada de eso.

—Eso ya lo veremos —contestó con total convicción.

Aunque le costase otros cincuenta años de vida, él no iba a parar hasta que Dafne Castillo reconociese que él era un ser superior y se disculpase por todos los actos criminales en contra suya que había realizado a lo largo de los años. Porque aún no olvidaba la cantidad de veces que había sido castigado e ingresado en el hospital por su culpa. El día de su venganza llegaría, tarde o temprano esa cosa con cuerpo de mujer sería derrotada; pero, por ahora, se conformaría con ver su cara de fastidio y soportar sus gritos y protestas por haberla besado. Ah... qué lindo día sería mañana.

## Misión: ignorarte

Dafne

Escuchó la canción de *My Chemical Romance* que tenía como despertador y levantó la cabeza, extendió la mano a duras penas y apagó ese horrible ruido. Le encantaba esa canción, pero desde que la había puesto como tono para despertarse había comenzado a odiarla, como le había ocurrido con otras tantas. Bostezó y volvió a hundir la cabeza en la almohada, quería dormir. Anoche apenas había pegado ojo pensando en trastadas que podía hacerle a Damián, pero ninguna la satisfacía; no obstante, eso no iba a impedir que le cambiase su pasta de dientes de menta por una con sabor a ajo o llenarle la cama de pegamento. Puede que esas pequeñas travesuras no la satisficieran, pero era mejor eso que permanecer quieta y parecer derrotada.

Sintió unos fuertes golpes en la puerta y rodó los ojos. Su padre tenía la manía de golpear la puerta para indicarle que ya iba siendo hora de levantarse y, si en menos de diez minutos no había salido, él mismo entraba en la habitación para sacarla por la fuerza. Así que, para evitar una disputa doméstica tan temprano, decidió ponerse en pie. Bostezó un par de veces y a continuación se estiró; descalza, caminó hasta el armario y lo abrió. Sacó de allí los primeros vaqueros que vio y una camiseta negra de manga corta en la que se leía: «*I'm a bad girl and I know it*»; se vistió rápidamente y cogió su cinturón de espinas que estaba al lado de una pulsera igual, por lo que también decidió tomarla. Miró el reloj del móvil y abrió la puerta, justo cuando su padre estaba a punto de golpear.

—Oye, oye... papá, cada vez me das menos tiempo —protestó saliendo del dormitorio y cerrando la puerta detrás de sí; si su proge-

tor veía el desastre que había montado en su cuarto le prohibiría salir durante al menos un mes —que era el tiempo que iba a tardar en limpiar todo el desorden.

—Eso es porque te conozco —indicó su padre señalándola con el dedo, para luego darse la vuelta y marcharse a la cocina, desde donde se escuchaba a su madre hablar en voz alta, seguramente practicando el alegato para el juicio que tenía hoy.

Respiró hondo y se metió en el baño, se lavó el rostro con rapidez y se hizo una coleta alta; aunque por alguna extraña razón, seguía pareciendo despeinada. Bueno, daba igual... de todas formas le quedaba bien, se sonrió a sí misma y volvió a su habitación, tomó la mochila que usaba para llevar los libros y libretas y se dirigió a la cocina.

—¿Y Nora? —preguntó a su madre, que en esos momentos leía unos papeles mientras tomaba el café.

Su madre era una mujer alta y esbelta de rasgos delicados y sofisticados, pero a la vez imponía respeto. Tenía el cabello largo y castaño oscuro como ella y Nora, al igual que sus ojos, que también eran de color miel, pero ahí acaba todo su parecido. Si su madre era sofisticada, ella era más ruda, menos fina y más *heavy*. Su madre apartó la mirada de sus anotaciones y centró sus ojos en ella.

—Matt vino hace unos minutos diciendo que tenía que ayudarlo con una operación de espionaje o algo así —dijo su madre, Dafne untó la mantequilla en la tostada; seguramente Matt quería espiar a Ann para descubrir quién era su novio, así que debía avisar a su amiga cuanto antes—. ¿Quieres que te lleve a la universidad?

—No hace falta, me voy con Ann y Triz —contestó ella tomando un buen trago de leche mientras masticaba la tostada.

—¿Vas con Triz en su coche? ¿En ese coche que tiene cinta adhesiva sosteniendo el capó? —curioseó su padre, Dafne asintió y su padre lanzó un gruñido antes de continuar leyendo el periódico.

Su padre era una persona extremadamente protectora con ellas, basta decir que debido a eso las había apuntado a kárate, judo, taekwondo y defensa personal; pero era comisario, y a lo largo de su vida había visto cosas horribles y no quería que sus hijas pasasen por algo parecido. Por eso ella y Nora eran una especie de armas mortales a las que, además,



las provisionaba con pistolas eléctricas, spray de pimienta y demás elementos de defensa personal. Sonrió con maldad, si su padre supiera que había usado todo eso para torturar a sus enemigos, y para electrocucar en más de una ocasión a Damián, la castigaría hasta el fin de los días.

—¡Me voy! —anunció bebiéndose la leche que le quedaba de un solo trago, antes de salir de la cocina.

Se cepilló los dientes a toda prisa y tomó su mochila del pasillo.

—Por favor, que el decano no me llame por teléfono diciendo que hiciste explotar algún baño o que le robaste las ruedas del coche a algún profesor porque decidiera mandar un trabajo —gritó su padre, ella rio antes de abrir la puerta.

—¡Tranquilo, no lo harán! ¡No hay forma de que me relacionen con nada! —indicó cerrando la puerta con rapidez sin darle tiempo a su padre a que reaccionase.

Apretó el botón del ascensor y esperó unos segundos hasta que la puerta se abriera; una vez dentro, pulsó el botón con el cero y se puso a tararear la canción de *My Chemical Romance* que tenía como tonode despertador. Bueno, puede que aún no la odiase del todo. Las puertas del ascensor se abrieron y corrió hacia donde Triz debía de tener su coche aparcado.

—¡Buenos días! —saludó Triz agitando la mano con efusividad, Dafne sonrió y empezó a hacer lo mismo hasta llegar hasta ella, donde ambas se abrazaron con felicidad.

Una vez separadas, Triz le arrebató la mochila de la espalda y la guardó en su maletero, tras mantener una pequeña pelea con él. Dafne negó con la cabeza y examinó el coche de su amiga; era un Opel Corsa de color verde —o al menos lo fue antaño—, era pequeño y su amiga usaba cinta para que el capó no se levantase, además, el retrovisor derecho pendía literalmente de un hilo. Ese coche necesitaba un tuneado urgente, eso o llevarlo derechito al desguace, pero su querida amiga decía que solo era un coche con carácter y que lo suyo fue amor a primera vista.

—Oye, oye... deberías llevarlo al taller o a la incineradora, lo que te pille más cerca —indicó Dafne señalando el vehículo, Triz se cruzó de brazos, enarcó una ceja y posteriormente se abrazó al coche.

—No lo escuches, cielo, no sabe lo que dice. —Dafne rodó los ojos y observó cómo Triz acariciaba el capó como si fuera un suave gatito, hasta que se le clavó una astilla—. ¡Ah! ¡Maldito coche!

Dafne rio al ver a la peliblanca darle una patada a la rueda. Triz seguía llevando el pelo teñido de blanco, ya que decía que ese era su sello de identidad, además, el color del pelo distraía a todo el mundo y nadie se daba cuenta de las numerosas pecas que le adornaban el rostro. Aparte del particular color de pelo, también lucía una melena cortada de forma asimétrica para que su rostro no pareciese tan redondo, algo que había conseguido a la perfección; asimismo, ese color de pelo también hacía destacar el azul de sus ojos.

—Odio los martes, ¡los odio! —proclamó Ann apareciendo de la nada y metiéndose en el coche de Triz sin esperar que nadie la invitase. Triz y ella se lanzaron una mirada de «No comprendemos nada» antes de subirse al coche.

Triz metió las llaves en el contacto y, tras oír rugir el coche, este arrancó.

—¿Lista para ignorar a Damián? —preguntó Ann agarrándose a su asiento para no ladearse junto al coche en la curva.

—Oye, oye... más vale que tu idea funcione, porque si no juro que me levanto y le hago tragar una silla —aseguró muy convencida.

—¿Ignorar a Damien? Para Dafne es imposible, en cuanto lo vea aparecer comenzará a gritarle. —Dafne fulminó con la mirada a la peliblanca.

Si se lo proponía, podía ignorar a ese patán; solo porque hasta ahora no se hubiera planteado la posibilidad de pasar de él no quería decir que no pudiese hacerlo.

—¿Y por qué quieres ignorarlo? —curioseó Triz.

—No pienso decírtelo, seguro que eres capaz de publicarlo en la primera página del periódico de la universidad. —De repente abrió los ojos de forma desmesurada—. ¡Oye, oye... publica en tu periódico una foto de Damián con su número de teléfono diciendo que se ofrece como *stripper gay*!

—¡¿Qué?! No voy a hacer eso, no voy a desprestigiar mi periódico con vuestras bromas —contestó la peliblanca deteniendo el coche delante de un paso de peatones.

—Tu editor no te deja, ¿verdad? —preguntó Ann, la peliblanca asintió e hizo pucheros.

—No me deja publicar nada de lo que yo quiero, él solo quiere informar del tiempo y de las noticias financieras... ¡Es un aburrimento! Y me he enterado de noticias muy buenas, pero el imbécil ese dice que son idioteces —se quejó Triz poniendo el coche en marcha de nuevo.

Dafne suspiró, desde que Triz ingresó en la Facultad de Periodismo su mayor ilusión era publicar artículos en el periódico de la universidad. Pero su gran sueño se convirtió en pesadilla cuando conoció a su jefe; un tío estúpido y aburrido que solo publicaba noticias aburridas. Por lo que la venta de periódicos universitarios estaba bajo mínimos.

—Oye, oye... ¿y por qué no creas tu propio periódico? —Sintió como el coche frenaba de golpe, por lo que llevó las manos al salpicadero.

—Joder, Triz. Más te vale que hayas estado a punto de matar a una abuelita, porque menudo frenazo —indicó Ann mirando a la peliblanca, pero al parecer ella ya no las escuchaba.

—¡Eso es! ¡Es genial! ¡Es la mejor idea que has tenido en tu vida! —proclamó Triz a gritos golpeando el volante con emoción, para luego mirarla—. Vamos a crear nuestro propio periódico.

—Oye, oye... ¿qué es eso de «vamos»? —preguntó Dafne arqueando una ceja.

—¡Ah, ¿sí?! ¡Pues que te den a ti también! —escuchó gritar a Ann, por lo que se dio la vuelta y vio a la rubia enseñándole el dedo corazón al conductor que estaba en el coche de atrás—. La gente de hoy en día es una maleducada —aseguró Ann volteando hacia ellas y sonriéndoles de forma angelical, Triz enarcó una ceja y lo dejó pasar.

—Pues eso, vamos a crear nuestro propio periódico universitario; yo seré la editora y jefa, y vosotras podéis hacer de reporteras... Ann puede entrevistar y tú hacer las fotos; y bueno, también puedo recurrir a alumnos de mi clase y también se lo podemos decir a Nora y Matt, y a Dan y Sonia... y... y... ¡Las noticias de Triz volverán a este mundo!

—chilló la peliblanca sin poder ocultar su felicidad, aunque el inicio de pitos para indicarle que moviese el coche sacó un poco a Triz de su burbuja de felicidad, percatándose de que había detenido el coche en mitad de la calle—. ¡Que ya voy!

—¿Y podré publicar las fotos y los artículos que yo quiera? — preguntó Dafne con interés, Triz lo meditó durante unos segundos antes de asentir, por lo que sonrió con malicia.

Venganza, dulce venganza. Ya se estaba imaginando las fotos de infancia de Damián en primera plana, pero su plan no quedaba solo ahí, si alguien no quería que sus vergonzosas fotos saliesen a la luz iba a tener que pagar... y mucho.

Triz puso de nuevo el coche en movimiento, mientras Ann le gritaba al coche de atrás que tenía su matrícula apuntada.

—¿Y por qué vas a ignorar a Damien? —preguntó Triz volviendo de nuevo al tema del pelirrojo.

—Se llama Damián —recordó ella.

¿Por qué le era tan difícil recordar a todo el mundo cómo se llamaba realmente el falso pelirrojo? Que él fuese por ahí proclamando a gritos que se llamaba Damien no quería decir que fuese así: además, si él se empeñaba en seguir llamándola «Oye, oye» para hacerla enojar, ella lo llamaría por los siglos de los siglos Damián, que era lo que ponía su DNI.

—Porque ayer Damián la... —Volteó la cabeza hacia Ann como si fuera la niña del exorcista y amenazó a la rubia con la mirada.

Triz era una de sus mejores amigas, pero no había que olvidar que contarle algo a Triz significaba que todo el mundo iba a enterarse; y, por si fuera poco, le acababan de dar la idea de fundar un periódico y se negaba en rotundo a que su asqueroso beso con Damián fuera portada o noticia.

—¿Qué? ¿Qué hizo? —bramó Triz mirándola fijamente, por lo que cuando volvió a mirar al frente vio a unas abuelas cruzando un paso de peatones.

—¡Joder, deja de dar esos frenazos! ¡Vas a matarme! —exclamó Ann acariciándose la frente, ya que su cabeza había chocado contra el respaldo de su asiento.

—No tiene importancia —indicó Dafne cruzándose de brazos, Triz resopló indignada antes de poner el coche en marcha de nuevo.

—Bueno, hiciese lo que hiciese, tu gran venganza es ignorarlo; ¿no crees que es un poco cutre? —dijo Triz sonando un tanto decepcionada—

da, por lo que ella miró hacia Ann; sabía que ignorarlo era una idea horrible, lo mejor era clavar su cabeza en una pica.

—Damián es arrogante, hiperactivo y le encanta ser el centro de atención, está esperando que montes una escenita, así que lo mejor que puedes hacer es pasar de él; de hecho, deberías ir para comprobar que tengo razón —invitó Ann a Triz, que asintió y volvió a poner en marcha el coche, no sin antes gritarle un par de cosas al Peugeot de atrás—. Damián se sentirá tan confuso que se herirá a sí mismo, ya veréis.

—¡Que no es un *pokemon*! —recordó Dafne.

—Eso si Dafne aguanta más de cinco minutos, cosa que particularmente dudo —opinó Triz; la morena puso los ojos en blanco antes de acomodarse en el asiento.

Claro que iba a ignorarlo, y esas dos serían testigos de ello.

•

Inesperadamente, el día transcurrió más rápido de lo habitual, y antes de darse cuenta guardaba sus apuntes de Derecho Constitucional en la carpeta; se despidió de sus dos amigas y caminó hacia la cafetería buscando a Ann. Divisó la melena rubia de su amiga con rapidez, aunque fue bastante fácil localizarla, era la única chica con las piernas sobre la mesa y que apilaba bolígrafos en una torre.

—¿Cuántas clases te has saltado? —preguntó Dafne sentándose frente a ella y colocando su mochila en la silla de al lado.

—Una, creo —contestó su amiga no muy convencida, la morena asintió y colocó las piernas sobre la mesa; de reojo vio cómo una de las camareras la regañaba con la mirada, por lo que se limitó a sonreírle—. Invité también a Kyle a comer.

—Oye, oye... y hablando de tu novio; tu sobreprotector hermano se presentó hoy en mi casa y se llevó a mi hermana alegando algo sobre una misión de espionaje —contó viendo cómo, a medida que hablaba, el rostro de Ann se tornaba en una mueca de horror.

—¿Estás segura?! —gritó Ann apartando los pies de encima de la mesa y creando un terremoto que derrumbó la torre de bolígrafos.

—No tendré más datos hasta que hable con Nora, pero ten casi seguro que la operación espionaje es para ti. —Ann comenzó a golpear su cabeza contra la mesa mientras soltaba insultos en inglés—. Oye, oye... no veo el problema de que se entere.

—¿Que no ves el problema? —preguntó Ann dejando de golpear-se y mirándola con los ojos entrecerrados—. Hubo una vez un niño que en preescolar me regaló una flor por San Valentín y Matt, al día siguiente, lo trató como si fuera un terrorista.

—Oye, oye... ¿te recuerdo quién es mi padre? Toma las huellas dactilares a todas las visitas para comprobar si tienen antecedentes —dijo Dafne, Ann chasqueó la lengua y se desplomó sobre la mesa.

Dafne sonrió complacida, ella había ganado.

—¿Me he perdido algo? —curioseó Triz apareciendo con una pila de papeles y una sonrisa que sería capaz de iluminar una calle entera.

—No, el imbécil de Damián aún no ha llegado —contestó Dafne, Triz asintió con felicidad y tomó asiento.

Dafne examinó la cafetería, era un lugar bastante grande con mesas rectangulares para cuatro personas y, desgraciadamente, con las sillas clavadas al suelo. Levantó la mano y saludó a sus compañeras de clase, ellas hicieron lo mismo antes de que la camarera llegase y se pusiese a atenderlas.

—Te apuesto cincuenta euros a que en menos de cinco minutos están peleándose —dijo Triz mirando hacia Ann, y la rubia lo meditó unos instantes antes de estrecharle la mano.

—Hecho —aseguró su amiga—. Dafne, más te vale ignorarlo.

Rodó los ojos y se cruzó de brazos. Sintió como el ambiente se tensaba, inexplicablemente el alboroto se había detenido y la mayoría de los estudiantes miraban hacia la entrada y luego hacia ella con cierto miedo. Por lo que, intrigada, miró hacia la puerta y chasqueó la lengua con irritación al verlo.

Damián entraba a la cafetería con su habitual forma de andar de «Yo mando aquí», vestía unos vaqueros acompañados de una camiseta de rayas y una chaqueta vaquera por encima. El falso

pelirrojo se pasó

la mano por el cabello haciendo una mueca cuando sus dedos pasaron por la parte que ella le había afeitado. Sonrió de medio lado, la cara de Damián cuando se despertó y vio parte de su pelo en el suelo fue espectacular, lástima que luego ese estúpido corte de pelo se pusiese de moda. Vio como pasaba las manos por detrás del cuello y luego miraba hacia el chico que lo acompañaba, que para su sorpresa resultó ser Ren.

Damián dio un par de vueltas alrededor del japonés hasta que este dejó de examinar la *tablet* y le prestó atención.

—¿Son cosas mías o está más guapo? —dijo Triz en voz alta, Dafne le lanzó una mirada fulminante.

¡Lo que le faltaba! Que una de sus mejores amigas dijera que su archienemigo era guapo era un insulto; Damián no era, y repetía, no era guapo. Bueno, admitía que tenía buen cuerpo, pero teniendo en cuenta que su padre lo castigaba haciendo flexiones, era normal que su cuerpo estuviera bien formado.

—Es culpa de Dafne, le rapó un poco la cabeza y creó un monstruo

—explicó Ann soltando un ligero suspiro, Dafne gruñó y se cruzó de brazos con enfado.

¿Cómo iba a saber ella que rapándole un poco la cabeza se iba a volver tan atractivo? Ok, ella no había pensado eso. La culpa la tenía su amiga Beca, que no paraba de repetir a todas horas lo atractivo y *sexy* que era Damián y que se lo presentase, porque ese chico tenía que ser el padre de sus hijos. ¿Ese tarugo hiperactivo padre de alguien? Ese tío debería ser exterminado de la faz de la tierra antes de que se reprodujera, no quería mini-Damianes corriendo por ahí gritando lo geniales que eran.

—Mira, si está aquí la «Oye, oye». —Escuchó decir a su archienemigo, que se acercó hasta su mesa con una sonrisa deslumbrante, aunque con los hombros preparados por si tenía que evitar algún golpe—. ¿Tuviste que ir por refuerzos porque no te ves capaz de ganarme tú solita?

Levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los orbes azules de Damián, que la examinaban con cierto brillo de diversión. Ella haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, se limitó a mirar hacia Ren ignorando a Damián por completo.



—Ren, me alegro de verte —saludó al japonés con naturalidad.

—Lo mismo digo, me gusta tu facultad. Quizás me pase más veces por aquí —contestó Ren sonriéndole con amabilidad, ella asintió y miró de reojo hacia Damián; el pelirrojo, tal y como dijo Ann, parecía confuso y no paraba de lanzarle miradas furtivas.

—¿Qué tal te va por informática? Kyle dice que es una pena que las facultades de ciencias estén tan lejos de las de letras —intervino Ann captando la atención de Ren y la suya.

—La verdad es que sí, además, allá no pasa nada. Es bastante aburrido... bueno, menos por algunas explosiones que se escuchan en Química —explicó Ren.

Dafne apoyó la cara sobre la mano y sintió una penetrante mirada sobre ella. Arrugó el ceño molesta y miró hacia Damián haciendo que sus ojos se encontrasen; harta, abrió la boca para soltarle una bordería, pero recordó que había acordado ignorarlo, así que cerró la boca y apartó la mirada de él tan dignamente como pudo. Lo miró de reojo y vio como él entrecerraba los ojos y metía las manos en los bolsillos, algo que solo hacía cuando comenzaba a exasperarse. Vaya, al final eso de ignorarlo estaba funcionando, quizás no era tan mal plan.

—Oye, oye... Ren, ¿qué estás pirateando? —preguntó mirando hacia Ren con interés, el japonés la miró con sorpresa.

—Los semáforos, ¿cómo lo supiste? —Quiso saber el chico, ella señaló su *tablet*.

—Normalmente cuando pirateas algo sueles dar golpecitos de impaciencia en la *tablet*, como haces ahora —contestó orgullosa de sus dotes de observación, Ren no pudo evitar sonreír y dejó de dar pequeños golpes al aparato.

—«Oye, oye» no te hagas la interesante, no te pega nada —habló Damián interviniendo por primera vez en la conversación, ella lo miró ligeramente y luego apartó la mirada de él como si no hubiese dicho nada—. Deja de ignorarme, mujer insolente.

Se miró las uñas como si fuesen la cosa más interesante del mundo, hasta que Damián dio un fuerte golpe sobre la mesa para captar su atención. Pero en vez de mirarlo como él esperaba, se limitó a bostezar; por lo que escuchó un gruñido procedente del pelirrojo. Sonrió en

su interior, Damián se estaba enfadando... y mucho. Dios, eso era lo más divertido que había hecho en la vida, ¿por qué nunca se le había ocurrido antes?

—¿Qué pasa, Damián? ¿Están hiriendo tu orgullo masculino? —sugirió Ann con voz macabra, el pelirrojo le lanzó una mirada asesina.

—No, para nada; de hecho, me parece genial. Así no tengo que oír sus irritantes gritos a todas horas ni esa ridícula coletilla que tiene a la hora de hablar, es insoportable escuchar «Oye, oye...» en cada frase que pronuncia —respondió Damián en tono desafiante, era obvio que estaba intentando hacerla saltar: pero no lo iba a conseguir, hoy no.

Escuchó al chico carraspear con irritación mientras esperaba alguna reacción de su parte, pero al ver que no llegaba volvió a dar otro golpe sobre la mesa; pero esta vez, colocando su rostro frente al de ella.

—¡Bien! ¡¿Quieres ignorarme?! ¡Genial! ¡Yo también voy a ignorarte! —gritó el pelirrojo lanzándole una última mirada asesina, antes de retirarse obligando a Ren a irse con él.

—Hasta pronto, chicas —se despidió Ren con un ligero movimiento de cabeza.

Una vez con ellos lejos, las tres se miraron y luego comenzaron a reírse.

—Te debo cincuenta euros, pero ha merecido la pena —dijo Triz mirando a Ann.

Dafne vio como Damián refunfuñaba hasta llegar a una mesa en la otra punta de la cafetería y se sentaba allí, no sin antes dirigirle una mirada cargada de veneno. Ella se limitó a saludarlo con la mano y él le enseñó el dedo corazón, hasta que Ren le dio un golpe en la cabeza.

—Ann, al final ha sido una idea genial —felicitó Dafne, la rubia se echó el pelo hacia atrás y sonrió.

—Claro que sí, yo nunca me equivoco... ¿Y bien? ¿Qué foto vergonzosa y humillante de Damián vamos a publicar en el periódico en primera plana? —preguntó Ann mirándola con interés.

Dafne sonrió con maldad, a veces olvidaba lo bien que la conocía su mejor amiga.

## ¡ No me ignores!

Damián

¡¿Pero esa mujer qué se creía?! ¡¿Quién era ella para ignorarlo?! ¡A él! Pues bien por ella, si quería ignorarlo, ¡vale! Él también la ignoraría, a ver quién podía soportar más tiempo ignorando al otro. Miró hacia ella y vio como lo saludaba con alegría, la muy... Seguro que se estaba divirtiendo de lo lindo; levantó la mano derecha y le enseñó su precioso dedo corazón, hasta que Ren le golpeó la cabeza.

—¿Te lo puedes creer? Está ignorándome, ¡a mí! ¡Al gran Damien!

—exclamó con indignación, Ren suspiró y tomó asiento enfrente de él.

—No deberías darle tanta importancia —contestó Ren con voz tranquila abriendo la tapa que cubría la *tablet* y poniéndose a teclear.

Damián le lanzó una mirada asesina.

—¡¿Y tú, desde cuándo te llevas bien con la «Oye, oye»?! ¡Te traje aquí como refuerzo, no para que te pusieras a hablar con ella sobre idioteces! —expuso casi a gritos y señalando a Ren con el dedo como si fuera el peor de los traidores. De hecho, lo era.

—¿Quieres calmarte? —preguntó el japonés sin apartar la mirada de la pantalla, Damián entrecerró los ojos y se cruzó de brazos con enfado.

Miró hacia Dafne con enojo y la vio hablando animada con Ann y Triz, no sabía de qué hablaban, pero seguro que no era nada bueno. La peliblanca sacó un folio y vio cómo se ponía a escribir en él a toda prisa, mientras las otras dos hablaban; Damián frunció el ceño, ¿qué estarían hablando con tanta emoción? ¿Una broma contra ellos, quizás? Con esas tres nunca se sabía.

—Están fundando un periódico —comunicó Ren, Damián lo miró con interés y su amigo le enseñó el Facebook de Triz, donde ella había

publicado un anuncio en el que decía que necesitaba estudiantes de periodismo para crear un nuevo periódico universitario.

—Lo que me faltaba, que la «Oye, oye» tenga acceso a los medios de comunicación —dijo con amargura devolviéndole la *tablet* al japonés. Si la conocía, y la conocía perfectamente, en la primera edición

saldría una foto suya vergonzosa. Mmm... debía esconder todas las fotos de su infancia cuanto antes. Además, esa endemoniada chica se- guro que comenzaría a tomar fotos de todo el mundo en situaciones comprometedoras y luego pediría una exorbitante cifra de dinero para evitar su publicación.

—Hola. —Lo saludó una chica de cabellos rubios y rizados, él la miró con curiosidad y ella enredó uno de sus dedos en su cabello—. Voy a tu clase de Psicología Criminal y me preguntaba si podrías de- jarme tus apuntes.

—Vale, pero los quiero de vuelta mañana a primera hora; y no me escribas tu número de teléfono en ellos, porque no voy a llamarte

—indicó con seriedad sacando unos folios de su carpeta, ella asintió con vergüenza y Damián le entregó los apuntes. La chica le lanzó una última mirada antes de tomarlos e irse.

—¿Es que suelen escribirte los números de teléfono en los apuntes?

—preguntó Ren enarcando una ceja, él colocó las piernas sobre la mesa y se estiró hacia atrás antes de asentir.

—Sí, esto de ser tan sumamente atractivo e increíble a veces es un fastidio, esas mujeres lujuriosas no me dejan concentrarme en mi meta

—explicó colocando las manos detrás del cuello y bajando las piernas de la mesa cuando la camarera pasó a su lado.

—No vas a conseguir que ella diga que tú eres mejor, deberías darte por vencido de una vez —dijo Ren con voz monótona.

—¡Eso nunca! ¡Los Duarte jamás nos damos por vencidos! ¡Lo conseguiré, ya verás, espera y verás! La «Oye, oye» algún día dirá:

«Me rindo, Damien. Tú eres mucho mejor y más inteligente que yo»

—habló poniendo voz aguda y llevándose las manos a la cara mientras pestañeaba mucho, Ren puso los ojos en blanco y continuó pulsando teclas en la *tablet*.

—Eres un caso perdido —masculló su amigo con aburrimiento.

•

Cogió impulso con el monopatín y saltó por encima de un banco, mientras su monopatín hacia el recorrido por debajo, rápidamente volvió a saltar sobre la pieza de madera y tomó impulso de nuevo para adelantar a un par de mujeres mientras buscaba un nuevo reto, que, por suerte, encontró enseguida; unas pequeñas escaleras que saltó sin problema alguno. Sonrió con felicidad y levantó las manos al cielo con orgullo, sí que era un genio. En poco más de una semana había aprendido trucos que a la gente normal le costaba meses y muchos golpes aprender. Se miró el brazo derecho y lo vio lleno de tiritas, bueno, puede que sí se diese un par de golpes.

Se colocó la muñequera y volvió a tomar impulso, atravesó un par de calles sin rumbo fijo y bostezó. Desde que él y Dafne habían decidido ignorarse su vida era muchísimo más aburrida; no es que la echase de menos, ni nada de eso, pero era difícil lograr que la morena reconociese que él era un ser superior cuando no se hablaban. Había intentado que la chica volviese a hacerle caso, pero ella simplemente lo miraba unos segundos antes de girar la cabeza o ponerse a leer sus apuntes de clase, como si eso fuera muy interesante. Y eso lo estaba irritando, y mucho.

¡No podía seguir ignorándolo porque sí! Sabía que había dicho que la iba a ignorar también, pero no podía, ¡no podía! Ignorar a una persona no iba con su carácter, ni aunque esa persona fuese la malévola Dafne Castillo. ¿Pero cómo iba a hacer para que ella volviese a hacerle caso?

Además, sin gritos ni bromas la universidad había pasado a ser un lugar triste, monótono y aburrido... al único al que le gustó ese cambio de ambiente fue al decano, que pululaba de un lugar a otro diciendo que ahora sí que eso parecía una facultad respetable y honorable. Ton-terías.

Sintió su móvil vibrar y lo sacó del bolsillo, hizo una mueca cuando leyó «Papá» en él.

—¿Sí?

—Te quiero en casa en media hora —ordenó su padre con voz enérgica antes de colgarle el teléfono, Damián rodó los ojos y guardó el móvil en el bolsillo de nuevo.

¿Y ahora qué quería ese hombre? Detuvo el monopatín de golpe y, tras hacer un par de trucos, con los que se ganó un aplauso, se dio la vuelta. No obstante, un enorme grupo de chicas que suspiraban y gritaban de emoción llamó su atención. Negó con la cabeza, solo había una persona que él conociese capaz de lograr volver locas a las chicas de esa forma; se bajó del monopatín y tomó la pieza de madera para luego abrirse paso entre la multitud y encontrarse a su amigo y causa de tal revuelo.

William Cooper se encontraba delante de él firmando autógrafos y haciéndose fotos con varias chicas, para luego recoger con una brillante sonrisa los números de teléfono que ellas le daban. Damián se cruzó de brazos y observó como su amigo le lanzaba una rápida mirada, para luego seguir coqueteando. Will no cambiará nunca.

—¿Cuánto hace que no nos vemos? —preguntó intentando hacer memoria de la última vez que había visto a su amigo.

¿Un mes? ¿Dos? Ahora no lo sabía con exactitud, pero tampoco es que eso le importase. Will, con su habitual desparpajo, comenzó a librarse de las chicas que lo rodeaban, Damián no pudo evitar sonreír. El punto fuerte de Will siempre habían sido las mujeres.

William era todo lo que una chica podía desear, era increíblemente apuesto con ese pelo rubio cayéndole en cascada por los hombros (aunque la mayoría de las veces lo llevaba en media coleta), con unos hipnotizantes ojos verdes y una figura fuerte que daba la sensación de protección. Además, contaba con una personalidad envolvente que atraía a las chicas enseguida. Es por ello que para costearse la carrera de arquitectura se había dedicado al modelaje, por lo que no era extraño ver vallas publicitarias con su foto.

—¿Qué te hiciste en el pelo? —preguntó Will una vez que se libró de todas las chicas.

—La «Oye, oye» intentó raparme media cabeza —contestó mientras se llevaba la mano al lugar donde su cabello fue cortado, Will soltó una estruendosa carcajada y lo miró con diversión.

—Vosotros dos siempre igual —comentó Will aflojándose la corbata y sentándose en el banco.

Lo miró unos segundos con interés, a lo mejor Will sabía cómo hacer que la «Oye, oye» volviese a hacerle caso. Al fin y al cabo, él era el mayor experto en mujeres que conocía.

—Will, ¿cómo hago para que una chica deje de ignorarme? —El rubio parpadeó confuso unos segundos tratando de analizar sus palabras.

—¿Me estás pidiendo consejo sobre una chica? ¿Tú? —preguntó Will señalándolo con asombro—. ¿Quién eres y qué hiciste con Damien?

—No es lo que piensas —se apresuró a decir, Will sonrió de medio lado y asintió sin creerse sus palabras.

—¿Y quién es la afortunada? O quizás debería decir, ¿quién es la desafortunada chica que quieres que te soporte? —curioseó Will con una sonrisa ladina.

Damián suspiró, quizás no había sido una idea tan genial esa de preguntarle a Will.

—¡No es eso! ¡Es que «Oye, oye» lleva como una semana ignorándome, y si no me habla no podrá reconocer que yo soy un ser superior a ella! —explicó casi a gritos soltando su tabla para ponerse a mover las manos; Will lo observó perplejo, hasta que estalló en carcajadas—.

¿Qué es tan gracioso?

—Debí suponer que te referías a Dafne; ya me extrañaba a mí que hubiese hueco en esa cabecita tuya para otra que no fuese ella —contestó su amigo con cierto aire de misterio, Damián enarcó una ceja con enojo y colocó la pierna sobre el banco.

—¿Vas a ayudarme o qué? —Will asintió rápidamente—. ¡Bien! ¡Ahora dime qué hago! ¿Le tiro un bote de pintura roja? ¿Le lleno la habitación de ratones? ¿Quemo todos sus apuntes de Derecho?

—¿Qué hiciste para que comenzara a ignorarte? —Ante la pregunta de Will tragó hondo y apartó la mirada de su amigo.

—Hice una «cosa» —masculló con la boca seca.

No iba a decirle que la besó. Se sentía estúpido por haber cometido tal locura, además, todavía estaba esperando los resultados de su análisis de sangre, porque estaba seguro de que esa chica le había contagiado algo.

—Pues si quieres que vuelva a hablarte, vuelve a hacerle «esa cosa»

—respondió Will con simpleza.

—¡¿Estás loco?! ¡No voy a volver a... hacer «eso»! —gritó con furia.

¡No iba a besarla! ¡No iba a hacerlo! Pero qué mierda de solución le daba Will, está claro que había sobreestimado al rubio y todo lo que sabía sobre las mujeres.

—¿Por qué no? —curioseó el rubio echándose hacia atrás y mirán- dolo con interés, Damián sintió algo extraño en su estómago.

—¡Porque no! ¡Porque no quiero! ¡Y si lo hago otra vez, ella me ma- tará! ¡Así que vete pensando en otra cosa!

—Tienes que hacer lo mismo. Si eso consiguió enfadarla tanto como para ignorarte, está claro que la enfadará lo suficiente como para volver a hablarte o, en este caso, intentar asesinarte —explicó Will bre- vemente, Damián chasqueó la lengua con irritación y vio como a Will le brillaban los ojos—. ¿Y se puede saber qué le hiciste?

—¡No te importa! —exclamó con rapidez notando como la sangre se le acumulaba en el rostro; Will lo miró de una forma que no supo identificar, por lo que se limitó a mirar la hora—. ¡Mierda! Tengo que irme, ¡nos vemos otro día!

Ni esperó una respuesta de Will antes de salir corriendo de allí. Tenía unos cinco minutos para llegar a su casa, antes de que su padre lo castigase haciendo flexiones por insubordinación. Corrió todo lo rápido que sus piernas le permitieron y llegó a la puerta de su casa justo cuando su padre la abría para salir.

—Llegas a tiempo, Damián —lo felicitó su padre dándole una pal- mada en la espalda mientras él trataba de recuperar el aliento; siguió a su padre con la mirada y vio como él se dirigía al coche.

—¿Dónde vamos? —preguntó entre bocanadas de aire y secándose el sudor de la frente, su padre lo miró con ojos brillantes.

¡Oh, mierda! ¡A cualquier sitio menos a ese!

•

Tiró un cacahuete al cielo y abrió la boca para que este cayese den- tro, con ese cacahuete ya iban quince que había acertado en su boca. La verdad era que debería felicitar a la «Oye, oye» por poner un *puf* en su habitación, había sido la mejor idea que había tenido en mucho tiempo. Miró hacia la chica y la vio concentrada tocando su guitarra



eléctrica mientras movía la cabeza al son de una música que solo ella podía escuchar (ya que se había puesto los cascos). Llevaba en su casa cerca de una hora y era la primera vez que no estaban gritándose y lanzándose amenazas de muerte, algo que provocaba que sus padres fuesen cada cinco minutos para comprobar que estaban bien.

En serio, que sus padres fuesen superamigos era un asco. No solo los obligaban a acompañarlos en las visitas que se hacían mutuamente, sino que también tenían que pasar ese tiempo juntos. Pero lo peor había sido cuando eran pequeños, como tenían la misma edad solían obligarlos a tomarse de la mano e incluso los vestían a conjunto cuando era carnaval. Nunca olvidaría la humillación sufrida con nueve años, cuando lo vistieron de Romeo y tuvo que pasar todo el día de la mano con Dafne, que iba disfrazada de Julieta. Le daban escalofríos solo con recordarlo.

Peló otro cacahuete y lo lanzó hacia su boca, desde que había llegado Dafne se había colocado los cascos y se había puesto a tocar la guitarra eléctrica como si él no existiese. Frustrado, tomó varios cacahuetes y se los lanzó a la morena, ella volteó unos segundos hacia él y luego volvió a darse la vuelta para seguir tocando.

Suspiró pesadamente y siguió pelando cacahuetes; que lo ignorasen no era nada divertido, es más, era desquiciante. ¿Cuánto tiempo más iba a estar pasando de él? Siguió un buen rato observándola en silencio, era gracioso ver cómo arrugaba el ceño cuando no estaba conforme con la melodía; también se fijó que cuando no sabía cómo continuar daba dos golpecitos con su pie izquierdo en el suelo buscando inspiración.

—¿Va todo bien? —preguntó el padre de Dafne abriendo la puerta, él asintió y el hombre se marchó de allí preocupado.

¿Qué pasa? ¿Tan extraño era no escucharlos gritar? Teniendo en cuenta que en sus diecinueve años no habían parado, su comportamiento de hoy era bastante extraño. Así que en cierto modo comprendía la preocupación de sus padres.

—¿Cuánto tiempo más piensas ignorarme? —preguntó alzando la voz, Dafne siguió tocando la guitarra sin siquiera mirarlo—. ¡«Oye, oye», que te estoy hablando!

Miró a la morena con odio y se metió un puñado de cacahuetes en la boca.

—Me ignoras, bien. Entonces no tengo nadie que me impida hacer esto —dijo poniéndose en pie y tumbándose sobre la cama de la morena, para luego comenzar a deshacerla y meterse dentro de ella vestido.

Miró hacia Dafne y vio un brillo de rabia en sus ojos, ¡genial! El plan funcionaba. Siguió deshaciendo la cama hasta que se aburrió, que fue entonces cuando se puso en pie y bajo la atenta mirada de Dafne se dirigió a su armario; al abrirlo se apartó con un poco de miedo que la ropa se le cayese encima.

—Dios, eres un desastre... ¿cómo encuentras la ropa aquí? —preguntó viendo el armario más desorganizado del mundo—. ¿Y qué hace media manzana ahí clavada?

Arrancó el trozo de manzana, que estaba clavada con un dardo en la puerta del armario, y la encestó en la papelera. Luego comenzó a tomar diferentes prendas y tirarlas al suelo.

—Vamos, sé que tu abuela te compra vestidos, ¿dónde los escondes?

—preguntó con diversión sacando varios pantalones vaqueros y tirándolos al suelo sin reparos; miró hacia Dafne y vio cómo ella había dejado de tocar la guitarra y lo miraba furiosa con los brazos cruzados—.

¿Tienes algo que decirme, mujer?

Ella entrecerró los ojos y él se limitó a seguir rebuscando en su armario. Un poco más, solo un poco más, y ella estaría gritándole como siempre. Sacó un par de cinturones de pinchos y más camisetas con calaveras. Sacudió la mano con asco cuando notó algo pegajoso, miró la camiseta y vio que tenía un chupete derretido, puag.

—¿Es que no sabes lo que es una lavadora? —dijo mientras se limpiaba la mano en esa camiseta y luego la lanzaba al otro lado de la habitación.

Esa chica era un completo desastre, como se notaba que no tenía que vivir con un padre como el suyo, que era un maldito obseso de la limpieza y el orden. Continuó con su búsqueda de vestidos, pero lo único que encontró fue lo que antaño era un vestido rosa y que ahora era un sucio paño. Volteó hacia Dafne y la vio sentada sobre su cama tocando la guitarra con una libreta a su lado; si ella no estaba preocupada porque revisara su armario, quería decir que los vestidos no estaban ahí. Iba a tener que cambiar de estrategia.

Tomó una de las Converse del suelo y se la lanzó a la cabeza, para luego rápidamente acercarse a la cama y tomar la libreta. De reojo vio cómo ella soltaba la guitarra y la colocaba sobre la cama para, a continuación, lanzarle la misma zapatilla; él la esquivó sin problemas y abrió la libreta de par en par frente a ella, comenzando a arrancar poco a poco una de las hojas.

—Suelta eso ahora mismo —indicó Dafne señalándolo.

—¿Hablas conmigo? —Damián miró hacia los lados haciéndose el desentendido y fingiendo que eso no iba con él; ella entrecerró los ojos con furia y apretó los puños, antes de darse la vuelta y ponerse a recoger toda la ropa que él había sacado del armario—. ¡Maldita seas! ¡¿Quieres dejar de ignorarme?!

Ella hizo oídos sordos y siguió tirando la ropa dentro del armario.

—¡«Oye, oye», como no me hagas caso te quemó la libreta! —Ella le lanzó una mirada asesina que acobardaría hasta el mismísimo demonio, pero no a él—. ¡Bien! ¡La quemaré, en cuanto encuentre un mechero tu estúpida libreta arderá!

Vio como ella tomaba uno de los cinturones y lo usaba a modo de látigo para intentar golpearlo en la pierna, pero él fue más rápido y dio un salto hacia atrás esquivando el golpe; no obstante, tropezó con el bate de béisbol que estaba en el suelo y cayó de culo. La morena se acercó a él y de un manotazo le arrebató la libreta, él entrecerró los ojos con enfado y saltó sobre ella haciéndola caer al suelo y comenzando ambos a rodar mientras peleaban por hacerse con el control de la pequeña libreta negra.

—Chicos, ¿estáis...? Mira, Óscar. Ya están como siempre, te dije que no debíamos preocuparnos. —Escuchó hablar a su padre, que cerró la puerta al verlos pelear por el suelo.

¿En serio? Si estaban calladitos y quietos entraban cada cinco minutos; y si los veían por el suelo peleando se marchaban como si allí no pasase nada y más contentos que unas castañuelas. ¿Quién carajo los entendía?

—¡Ah! ¡Me has mordido! —gritó sacudiendo el brazo izquierdo; Dafne aprovechó el momento y trató de huir gateando, pero él la sujetó de la pierna y comenzó a tirar de ella mientras esquivaba sus patadas.

—¡Damián, suéltame ahora mismo! —chilló Dafne al ver cómo él detenía todos sus golpes.

—¿Ahora sí me hablas «Oye, oye»? ¡Y soy Damien! —bramó esquivando la libreta negra que iba directa a su cabeza, por lo que momentáneamente soltó la pierna de Dafne; la morena supo aprovechar esos valiosos segundos y se puso en pie rápido, aunque no fue lo suficiente veloz como para alcanzar el bate antes que él—. ¿Querías esto?

Vio cómo le temblaba el labio inferior, la conocía lo suficiente como para conocer sus gestos. Se estaba desesperando y enojando de verdad; no obstante, y contra todo pronóstico, ella se sacudió la camiseta y se soltó el pelo dejando que los mechones marrones cayesen libremente por su espalda. Se quedó sin saber qué hacer, si ella se soltaba el pelo significaba que no iba a pelear, ¿desde cuándo ella dejaba una pelea a medias?! ¿Es que acaso pensaba seguir ignorándolo?!

¡Ah, no! ¡De eso nada, monada!

No supo bien cómo pasó, ni siquiera sabía qué parte de su cerebro dio esa ridícula y suicida orden, pero allí estaba, siguiendo el absurdo consejo de Will. Besar a la «Oye, oye» por segunda vez no podía ser sano, porque allí estaba de nuevo ese extraño cosquilleo en el fondo de su estómago, probablemente estaba incubando alguna enfermedad mortal que acabaría con su vida, porque nadie con plena facultad de sus acciones besaría a esa «mujer» por segunda vez.

Se separó lentamente de ella y se llevó la mano al corazón, otra vez ese peculiar palpito. Era definitivo, había cogido alguna enfermedad mortal. Miró hacia Dafne esperando una reacción por su parte, pero lo que vio lo dejó atónito, ella estaba paralizada y sonrojada y su mirada parecía perdida. Divertido, chasqueó los dedos delante de ella para sacarla de su ensoñación, algo que funcionó mejor de lo esperado; la morena saltó sobre él y lo tiró al suelo.

—¡Oye, oye... lo hiciste de nuevo! ¡Voy a matarte, juro que no descansaré hasta que vea tu cabeza clavada en una pica! —gritó la morena enfurecida con los ojos en llamas mientras intentaba ahorcarlo.

El plan de Will había funcionado, ¿y ahora qué?

—¿Por qué le hice caso a Ann? ¡Oye, oye... ignóralo, es lo mejor que puedes hacer, y una mierda! ¡Tenía que haberte matado al día

siguiente por mancillar mis labios! —aseguró ella mientras apretaba sus manos contra su cuello, Damián usó el bate que tenía en la mano para golpearle la cabeza y derribarla, pero la chica se las arregló para volver a sentarse sobre su pecho con rapidez e inmovilizarle los brazos con las rodillas.

—¿Es que quieres matarme, maldita psicópata?! —gritó al sentir sus manos apretando su cuello de nuevo.

—¡Esa es la idea! —dijo Dafne, Damián rodó los ojos y usó las piernas para girarse y librarse de ella; se puso en pie lo más rápido que pudo, pero inmediatamente Dafne comenzó a lanzar todo tipo de ataques sobre él—. No te preocupes, será lento y muy doloroso.

—Ya, como si una chica inútil y que se sonroja por un simple beso pudiese golpearme —indicó con soberbia recordando lo sucedido momentos antes; vio como los ojos de Dafne echaban chispas y al grito de «*Banzai*» se tiraba contra él para comenzar una nueva batalla por el suelo.

Veinte minutos después...

—¿Es que tenéis que ser siempre tan radicales? —preguntó Nora mirándolos con seriedad y entregándole a cada uno una bolsita con hielo.

—Oye, oye... Nora, la próxima vez no te metas —indicó Dafne poniéndose la bolsa de hielo sobre la rodilla derecha.

—Eso, estaba a un solo golpe que tu diabólica hermana admitiese que yo soy mucho más fuerte —comentó Damián colocándose la bolsa de hielo sobre el chichón que le estaba saliendo en la cabeza como consecuencia de que Dafne le pegase un fuerte batazo.

Nora negó con la cabeza y se sentó sobre la cama. Nora era dos años mayor que ellos y el amor platónico de su amigo Will —por ser la única chica que lo rechazó y que lo golpeó por pervertido—; al igual que Dafne, tenía los ojos color miel y el cabello marrón, pero Nora lo tenía corto, apenas le llegaba a los hombros. También era muy atlética y sabía pelear tan bien como ellos dos. En cuanto a su personalidad, era completamente diferente a su archienemiga; Nora era dulce, tranquila, reservada y muy muy tímida, y se pasaba todo el día leyendo libros policíacos. No obstante, sabía por propia experiencia que era mejor

no enfadarla; ella y Dafne formaban un equipo brillante que era capaz de derrotarlo a él, Ren y Will juntos. Es por eso que ese par de mujeres siempre habían sido su gran reto personal.

—Oye, oye... tú no eres más fuerte que yo, si casi te dejé fuera de combate con el batazo que te di en la cabeza —dijo Dafne burlándose de él e imitándolo cuando recibió el golpe.

—¡Eso era parte de mi estrategia para despistarte! ¡Luego iba a ac- bar contigo de una vez y para siempre!

—¡Ja! ¿Tú y cuántos más, pelirrojo postizo?

—¡Deja mi pelo en paz!

—¿Queréis dejarlo de una vez? —preguntó Nora con voz cansada, ellos dos se lanzaron una última mirada asesina antes de apartar la mirada del otro dignamente—. Por cierto, ¿cuándo sale la primera edición del periódico de Triz?

—Oye, oye... pues creo que mañana; hoy estuve en su casa y anda- ba correteando de un lado a otro emocionada —contestó Dafne con ojos brillantes y lanzándole una mirada llena de crueldad.

Damián rodó los ojos, seguro de que habría escrito un artículo donde lo ponía verde o iba a publicar una foto de su infancia; vete tú a saber.

—Como mañana vea en el estúpido periódico de tu amiga una foto mía de mi infancia te raparé la larga melena —aseguró con dureza, ella se limitó a bostezar y a ignorarlo—. ¡Que no me ignores, mujer debilucha!

—¡Cállate de una vez, Damián!

—¡Que soy Damien!

—Oye, oye... ¿qué pone en tu DNI? ¡Da-mi-án!

—¡«Oye, oye», no te soporto!

—Damián, ¿cuántas veces tengo que decirte que dejes de llamarla «Oye, oye»? —le regañó su padre apareciendo junto al padre de Dafne y Nora; Damián rodó los ojos con irritación.

Su padre siempre se ponía de parte de Dafne. Siempre. Da igual lo que ella hiciese, su padre siempre veía sus errores y sus actos contra la morena, pero nunca veía lo que ella le hacía a él. Pero la culpa de todo eso la tenía cierta morena, que no dejaba de hacerse la víctima desvalida delante de su padre para dar pena.

—Sí, es horrible que se burle a cada rato de mi coletilla... yo no lo digo porque quiera, es que no puedo evitarlo, oye, oye... ¿Ves? Me sale solo, pero Damián se burla —dijo la morena con voz quebrada y mirando a su padre con ojos dulces y tiernos; por favor, si hasta parecía que iba a empezar a llorar en cualquier momento.

—Pobrecita —dijo su padre dándole un abrazo a Dafne, momento que aprovechó la morena para hacerle burlas y reírse con maldad—. Damián, deja de burlarte de ella por decir «Oye, oye».

—¡Pero papá, si ella...!

—Ni peros ni nada. —Su padre le lanzó una mirada reprobatoria y supo que debía callarse si no quería hacer cien flexiones cuando llegase a casa.

—¡Agg! —gritó exasperado, poniéndose en pie y pegándole una patada al *puf* donde hasta hace unos segundos estaba sentado.

—Bueno, niñas, me alegra haberos visto —se despidió su padre de ambas hermanas, Damián gruñó y caminó hacia la salida; cuanto antes saliese de allí, mejor.

•

Se deslizó con pericia entre los coches y se sujetó a una camioneta para coger velocidad, una vez que lo consiguió se soltó de ella y puso rumbo a la facultad. Dio un pequeño saltó y con facilidad regresó sobre la tabla, una vez que divisó la facultad fue disminuyendo la velocidad hasta detenerse, le dio una patada a la tabla para colocarla en vertical y la cogió con la mano. Se fijó en que muchos alumnos lo miraban fijamente para luego ponerse a murmurar algo entre ellos, así que frunció el ceño.

—Gracias por tus apuntes. —La chica a la que ayer le dejó sus apuntes prácticamente lo abofeteó con los folios, antes de huir sin coquetear con él.

¿Qué estaba pasando allí?

Pero su pregunta fue contestada cuando vio a un grupo de chicos mirando un periódico y luego a él. Sin pensarlo dos veces se acercó a ellos y les arrebató el documento sin pronunciar palabra.

«Noticias Tatata-chán», leyó.

¿Pero qué clase de persona le ponía ese nombre a un periódico? Decidió ignorar ese absurdo nombre y se dedicó a pasar las páginas, buscando algo que le explicase por qué todos lo miraban raro. Fue entonces cuando llegó a las páginas de contactos, allí había una enorme foto suya que ocupaba toda la página, en ella se le veía con una camisa blanca y con la mano derecha sobre el lugar donde Dafne le había rapado dándole un aire *sexy*, que era destacado con montones de flores a su alrededor —como en los animes—, pero la cosa no quedaba ahí; sobre sus piernas había escrito con letras negras: «*Stripper gay*. Contrátame y haré todos tus deseos realidad. Miau». Para acabar, estaba su número de teléfono real y un corazón.

—¡Dafne!



## Un buen equipo

Dafne

Notó un persistente pitido en los oídos, sin embargo, no le prestó atención y trató de concentrarse en la clase, pero su profesor no colaboraba. ¿Cómo esperaba que casi sesenta alumnos lo atendiesen con esa voz monótona y aburrida? Aunque lo peor no era la voz soporífera de su profesor, sino que este se limitaba a pasar diapositivas sobre... mmm... ¿Sobre qué dijo que iba a hablar hoy? Bah, qué importaba. Su madre era fiscal, podía preguntarle cualquier cosa.

Bostezó y se puso a mirar por la ventana mientras jugaba a lanzar el bolígrafo, para luego atraparlo con los dedos. ¿Damián habría visto ya el periódico? Estuvo esperándolo esta mañana a la entrada con un ejemplar para ver cómo su cara se contraía en una mueca de horror, pero por desgracia su profesor llegó antes que el falso pelirrojo. Así que la curiosidad estaba matándola.

—¡Dafne! —Al escuchar su nombre, ella y toda la clase voltearon hacia la puerta, donde estaba Damián con un periódico buscándola con la mirada; cuando por fin la encontró, la señaló con furia—. ¡Tú!

¡Es que has perdido el juicio?! ¡Maldita mujer salida del infierno!

—Damián, ¿qué te trae por aquí? —preguntó con amabilidad, el pelirrojo entrecerró los ojos y apretó el periódico que traía en su mano.

—¡Pusiste mi número! ¡Mi número! ¡No tenías suficiente con poner mi foto y ese absurdo anuncio, sino que pusiste mi número! ¡En lo que lleva de mañana me han llamado cuatro tipejos! —gritó el pelirrojo caminando hacia ella con fuertes y decididos pasos.

—No sé de qué hablas —se defendió fingiendo estar sorprendida, él le mostró el periódico casi abofeteándola con él.

—¡Claro que sabes de qué estoy hablando! —bramó él con furia enseñándole la página de contactos donde estaba su imagen impresa.

—Oye, oye... Damián, no sabía que en tu tiempo libre te dedicabas a este tipo de cosas —comentó de manera jovial mirando con admiración el anuncio como si fuera la primera vez en su vida que lo veía; el chico le lanzó una mirada asesina que acobardaría hasta a los marines estadounidenses, pero no a ella—. ¿Y tú padre lo sabe?

Quiso saber la morena mirándolo con media sonrisa; vio cómo poco a poco la cara del pelirrojo pasaba de mostrar un enfado total a estar completamente atemorizado.

—¡No habrás sido capaz! —gritó él con furia, pero con una gota de miedo, algo que solo ella notó; Dafne se limitó a llevarse la mano a la barbilla y a hacer que estaba pensando—. ¡Tú!

Damián sin previo aviso la tomó de la cadera, antes de cargársela sobre el hombro por la fuerza; Dafne tardó un segundo en asimilar lo que pasaba, antes de comenzar a darle patadas con todas sus fuerzas y golpearle la espalda con los puños.

—¡¿Pero qué demonios haces?! ¡Bájame ahora mismo *stripper* gay!

—gritó mientras se agarraba a una de las sillas y le pedía ayuda a Beca, pero por desgracia su «amiga» se limitó a entregarle su bolso negro y a despedirse de ella—. ¡¿Oye, oye... pero qué tipo de amiga eres tú?!

¡Que me están secuestrando!

—Sí, y no sabes lo que pagaría por estar en tu lugar —contestó Beca mientras suspiraba, Dafne puso los ojos en blanco.

Que su amiga idolatrara a ese hiperactivo chico era un fastidio.

Ambos abandonaron la clase bajo la mirada sorprendida del profesor y las miradas divertidas de sus compañeros, que ni esperaron a que

ambos se marchasen para comenzar a murmurar entre ellos. Una vez en el pasillo sujetó el bolso para golpear las rodillas de Damián e intentar que perdiese el equilibrio.

—¡Damián, o me bajas o juro que te arrepentirás! —amenazó con fiereza.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Publicar mi foto en un periódico y decir que soy un *stripper* gay? ¡Anda, pero si ya lo hiciste! —declaró el pelirrojo

con enojo, ella bufó y se cruzó de brazos—. ¡Y soy Damien! ¡Damien para ti, «Oye, oye»!

—¡Socorro! ¡Un falso pelirrojo está secuestrándome! ¡Que alguien lo castre! —gritó mirando a un grupo de alumnos que los miraban, pero no la ayudaron, simplemente se pusieron a mirar las paredes en busca de una cámara oculta. Al ver que nadie le hacía caso, utilizó el bolso como arma y comenzó a golpearle la cabeza a su secuestrador.

—«Oye, oye», deja de comer dulces, estás más fondona de lo que pensaba; tienes suerte que sea un chico fuerte y atlético, cualquiera no podría cargar con semejante peso. —Ante tal comentario contra su es- tupenda figura, siguió golpeando a Damián con fuerza; pero al ver que no funcionaba decidió abrir el bolso y buscar algo útil con que atizarle.

¿Dónde estaba su pistola eléctrica cuando la necesitaba? Buscaba y rebuscaba y no la encontraba. ¡Demonios! Se la había prestado a Ann para algunos experimentos de psicología; continuó buscando el espray de pimienta, pero nada, hoy no era su día.

—¿Dónde lo escondiste? —preguntó Damián mientras subía las escaleras.

—No sé de qué hablas.

Claro que sabía de qué hablaba, se conocían demasiado como para entenderse con pocas palabras. Él sabía que su padre no había visto el periódico todavía, pero la conocía y sabía que, en algún lugar de su casa, o en los alrededores, había una copia esperando el momento oportuno para mostrársela al general y que este lo castigase de por vida, eso sí no lo metía directamente en el ejército. Pero no pensaba hablar, no después del beso de ayer. ¡Ese chico había atentado por segunda vez contra sus labios, y esta vez sí que iba a tomar una venganza en condiciones! Ignorarlo estuvo bien por un tiempo, pero tras lo de ayer merecía morir y nadie, ni Ann ni Nora, iban a impedir que le diese su merecido.

—No estoy para tus juegos, sabes perfectamente que si mi padre ve eso me alistará en el ejército —habló el pelirrojo con voz seria mientras seguía subiendo escaleras, ella hizo oídos sordos y se puso atarrear—.

¡El ejército! ¡«Oye, oye», esta vez te pasaste!

—¿Que yo me pasé?! ¡¿Oye, oye... y qué me dices de ti?! —gritó ella con furia intentando elevarse, pero fue en vano.

—¿Yo?! Pero si yo no te he hecho nada, mujer endemoniada.

¿Qué?! ¿Que él no le había hecho nada?! ¿Así que besarla era nada?!

¡Pero este tío de qué iba! Le pegó un fuerte puñetazo en la espalda y lo escuchó quejarse, para luego girar la cabeza y lanzarle a ella una mirada asesina.

—¡Deja de golpearme, salvaje! Y dime dónde escondiste el periódico—ordenó Damián con voz dura y nada amigable.

—¡Me besaste! ¡Oye, oye... mereces que te internen en el ejército para siempre! Así que no, ¡no voy a decirte dónde lo escondí! —gritó enojada, el pelirrojo se detuvo al fin y la tiró al suelo para después quitarle el bolso.

—¡La culpa fue tuya, «Oye, oye»! —bramó Damián mirándola con furia y señalándola, luego volteó hacia una de las puertas de emergencia y la abrió de una patada.

—¿Que la culpa fue mía?! ¿Oye, oye... pero tú te has vuelto loco?!

—gritó encolerizada golpeándole el pecho con el dedo.

—¡Tú me obligaste a hacerlo! ¡Si no me hubieras ignorado no te hubiera... ya sabes! —espetó él, Dafne lo miró un poco dudosa, juraría que lo había visto sonrojarse un poco, debían ser imaginaciones suyas.

—¡Si te ignoré fue porque me besaste, idiota!

—¡Si tú no me hubieras tirado la comida y dejado en ridículo en la cafetería no lo hubiera hecho! ¡Ergo, la culpa es tuya! —proclamó él a los cuatro vientos con total convencimiento—. ¡Y dime de una jodida vez dónde lo escondiste!

—¡Señor, no señor! —gritó imitando la voz de los soldados para luego hacerle el saludo militar con la mano derecha, con orgullo vio cómo los ojos azul oscuro de Damián brillaban de ira.

—¡Tú te lo has buscado, mujer! —bramó el pelirrojo tomándola del brazo con fuerza para empujarla por la salida de emergencia.

Dafne contempló la azotea durante un segundo antes de darse la vuelta y encarar a Damián, que le enseñó la lengua y cerró la puerta dando un fuerte golpe. Enfadada, se acercó a la puerta de metal y comenzó a pegarle patadas.

—¡Oye, oye... ábreme ahora mismo, estúpido pelirrojo postizo!  
—gritó buscando un manillar de forma desesperada, pero por desgracia a ese lado de la puerta no había nada para abrirla.

—¿Vas a decirme dónde lo escondiste? —preguntó Damián con voz cantarina.

—¡Nunca!

—¿Estás segura, «Oye, oye»? —volvió a preguntar el pelirrojo dejando notar diversión en su voz; irritada, apoyó la espalda sobre la puerta y se dejó caer al suelo—. Venga, si te portas bien, me dices dónde está y admites que soy mejor, quizás te abra la puerta.

Enarcó una ceja y respiró hondo, sí que era pesadito con eso de admitir que él era mejor.

¡No lo era! Ni una sola vez en todos estos años la había derrotado, lo máximo que había conseguido era que ambos acabasen en el hospital con una buena bronca de sus padres, pero nada más. Él era el que debía admitir que ella era mejor, más inteligente y, ya que estaba, más guapa.

—Mis padres me han enseñado que no debo decir mentiras, señor

—contestó finalmente con cierto tono de soldado para hacerlo rabiar.

—¡Está bien! ¡Tú lo has querido, demonio! ¡Te quedarás ahí hasta que me dé la gana! —Escuchó un fuerte golpe en la puerta que la hizo sobresaltarse y luego pasos alejándose.

—Oye, oye... Damián, sé a la perfección que sigues ahí. Silencio.

—No voy a decirte dónde lo escondí y jamás lo averiguarás. Silencio de nuevo.

—¡Damián, que te estoy hablando! Más silencio.

¡Se había ido! ¡El muy cabrón se había ido a buscar el periódico escondido y la había abandonado! ¡Será desgraciado! Se puso en pie y comenzó a patear la puerta, pero no consiguió absolutamente nada, así que se puso a dar vueltas por la azotea pensando en sus posibilidades. No había palancas, ni hierros ni nada con lo que pudiera forzar la puerta; pero debía haber una escalera de emergencia o algo, ¿no? Caminó hacia el borde y se asomó en búsqueda de unas escaleras de metal,

pero no las encontró; en cambio, lo que sí vio fue una cabellera roja abandonar el edificio. Rápidamente buscó algo que tirar, por fortuna, encontró una camiseta vieja que tomó sin pensar en lo repulsiva que era y la lanzó hacia abajo, pero por desgracia hubo una ráfaga de viento y desvió la vieja camiseta unos metros.

—¡Buen intento, «Oye, oye»! —gritó Damián desde abajo saludándola y agitando su bolso con regodeo—. ¡Hoy voy a desayunar y almorzar por cuenta tuya!

—¡Toca ese bolso y date por muerto! —gritó apoyándose sobre la barandilla.

—¡¿Qué dices?! ¡No puedo escucharte, «Oye, oye»! —Vio cómo se daba la vuelta y se subía sobre su monopatín, antes de lanzarle una última mirada de superioridad y marcharse.

¡¿Cómo se atrevía a dejarla allí?! Iba a robarle esa estúpida tabla, la partiría por la mitad y luego le prendería fuego para esparcir las cenizas por su cama, todo eso mientras Damián atado a una silla lo observaba todo. Pero para poder hacer todo eso, debía salir de allí cuanto antes; dio una vuelta examinando la azotea y buscando algún indicio de escaleras. Cuando las encontró suspiró decepcionada. ¿Tenía que bajar por ahí? Pero si estaban oxidadas, por no mencionar que parecían no haber sido utilizadas en siglos.

Respiró hondo, bueno, si se subía en el coche de Triz esto no podía ser más peligroso. Se agarró a la barandilla y colocó ambos pies sobre la escalera, esperando unos segundos antes de soltarse para comprobar que en efecto esa cosa soportaba su peso. Mucho más tranquila al ver que la escalera no se hacía trizas, se soltó de la barandilla y comenzó a bajar lentamente.

Damián iba a pagar caro por esto.

Continuó descendiendo poco a poco con cuidado, hasta que llegó al final de la escalera; para su desgracia, aún estaba a varios metros de altura. Miró hacia el suelo con fastidio y vio con repulsión como bajo la escalera se encontraba el contenedor de basura con unas cuantas bolsas de sobras en su interior.

Damián iba a pagar muy caro por todo esto.

Sin pensarlo mucho respiró hondo y se soltó.

—¿A qué huele? —preguntó Ann entrando en su dormitorio, Dafne clavó la espada de juguete en un oso de peluche, que había atado, amordazado a una silla y pegado una foto de Damián en su cabeza—. ¿Qué haces?

—Practicar.

Ann asintió y se puso a olfatear como un perro por su habitación, hasta que llegó hasta ella y le olisqueó el pelo.

—¿Y ese nuevo perfume? —ironizó la rubia acomodándose sobre su cama, mientras ella cortaba de forma rápida y limpia la cabeza del peluche.

—Oye, oye... me he duchado seis veces, no tengo culpa de que el olor a huevo podrido sea tan resistente —contestó recogiendo la cabeza del peluche del suelo y tirándola al interior del armario junto con el resto del cuerpo, para que sus padres no lo viesen.

—¿Y se puede saber por qué hueles como si una vaca te hubiese ca-gado encima? —preguntó Ann, pero en cuanto ella abrió la boca para responder su amiga le indicó que guardase silencio—. ¡No me lo digas! Lo adivinaré con mis superpoderes...

Ann se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos mientras hacía ver que se concentraba.

—¡Om! Mi ojo interior dice que Damián vio la sección de contactos y te tiró a un cubo de basura como venganza —dijo la rubia mirándola con expectación.

—Casi. —Ann infló las mejillas con decepción, y ella aprovechó para dar unas cuantas estocadas mortales al aire—. Damián vio la sección de contactos, irrumpió en mi clase y me abandonó a mi suerte en el tejado; tuve que bajar por las escaleras de emergencia y saltar a un contenedor de basura para escapar.

—Increíble —masculó Ann, Dafne se encogió de hombros.

—Sí, pero como venganza llamé a su padre y le dije que Damián me había robado el bolso, se indignó mucho y dijo que en cuanto lo viese le iba a ordenar que me lo trajese y que se disculpase por tal acto

—contó con diversión.

De hecho, eso fue lo primero que hizo nada más llegar a casa, ni ducharse ni leches, buscó el número del despacho del padre del pelirrojo en la agenda de su padre y puso su mejor voz de víctima y chica dulce e inocente. Era tontería comentarle sobre el anuncio, el pelirrojo tarde o temprano encontraría la copia que ella escondió bajo su felpudo y no tendría pruebas de su supuesto trabajo como *stripper*, pero Damián se había llevado su bolso y eso no había forma de ocultarlo. Además, sabía que por mucho que Damián diese excusas, el general le creería a ella y lo castigaría a él duramente.

—Triz me dijo de ir a celebrar el éxito del periódico, al parecer se ha agotado en todas las facultades. Y debo admitir que en parte ha sido gracias al anuncio de Damián que pusiste, todas las chicas se volvieron locas al verlo; por dos euros les decía dónde estudiaba, su nombre y apellidos, conseguí casi cincuenta euros —habló la rubia, ella sonrió complacida por el acto de maldad y a continuación vio cómo su amiga tomaba uno de los botes de perfume y la bañaba en él.

—Oye, oye... que no huelo tan mal —protestó entre tos, Ann la ignoró por completo y la tomó del brazo arrastrándola fuera de su habitación.

—Sí, pero tampoco es que olieras precisamente a rosas —respondió su amiga despidiéndose de su madre, que en esos momentos escribía en una cartulina algún eslogan contra el maltrato animal para su próxima manifestación.

Dios, ¿por qué su madre tenía que ser una activista en pro de los derechos animales? Estaba harta de acompañarla a manifestaciones.

Ambas se subieron en el ascensor y bajaron las seis plantas; una vez en la calle, se encontraron con Kyle esperándolas. Ann la soltó para darle un rápido beso a su novio, no sin antes mirar hacia los lados para asegurarse de que nadie los veía.

Dafne rodó los ojos y se cruzó de brazos, tarde o temprano iban a tener que decírselo a Matt, estaba hasta las narices de cubrirlos a todas horas. Saludó a Kyle con la mano y el chico le devolvió el saludo tímidamente. Si lo miraba bien, Kyle no estaba mal, no era muy alto (debía medir entorno al metro setenta); tenía unos preciosos ojos verdes oscuros y un pelo castaño tan claro que casi parecía rubio; pero hasta ahí todo bien, para ella Kyle era demasiado tímido y callado, por no



hablar de su obsesión con la química —ya había perdido la cuenta de cuántas veces los bomberos habían ido a desalojar su edificio, para desgracia de Dan, que era uno de sus vecinos y amigo—; además, ¿qué demonios le pasaba con las sudaderas? ¿Las coleccionaba o qué? Porque tenía todo tipo de sudaderas, de todos los colores posibles y con las frases más raras que jamás había visto. ¡Ah!, y era un año mayor que ellas, al igual que Triz —pero ninguno de los dos lo demostraba.

—Oye, oye... ¿también vienes? —preguntó a Kyle, él asintió y comenzó a caminar junto a ellas hacia la parada del metro—. ¿Cuándo vais a hacer público vuestro noviazgo?

—Cuando no quede más remedio —indicó Ann.

—Es decir, cuando Matt o Triz os pillen —dijo mirando con seriedad hacia la rubia.

Si había algo peor a que Matt lo descubriese era que Triz se enterara —se primero, su incansable amiga era capaz de publicar eso en primera plana de su periódico con tal de dar la exclusiva. No había sino que recordar lo pesada que se puso cuando Nora comenzó a salir con José... bueno, pero es que José se lo había buscado por cometer tal locura de amor. Suspiró y entraron en la estación, ¿ella sería capaz de encontrar un chico que fuese capaz de cometer locuras por ella? Agitó la cabeza, ¿pero en qué pensaba? Era feliz soltera y viviendo la vida a lo loco, no necesita a ningún idiota para ser feliz.

—¡Socorro! ¡Ese hombre se lleva mi bolso! —Inmediatamente volteó hacia la mujer que había gritado y vio como un individuo, de unos treinta años, huía del lugar rápido con un bolso negro de piel entre las manos.

—¡Alto ahí! —gritó sin pensarlo dos veces y corriendo detrás de él.

Una chica normal no haría eso, pero ella era hija de un policía y de una fiscal, no podía ver cómo le robaban a una mujer y no hacer nada para detener al ladrón; además, gracias a su padre sabía defenderse perfectamente.

—¡Oye, oye... he dicho que te detengas! —gritó con fuerza haciendo que el ladrón voltease levemente para luego incrementar la velocidad, algo que hizo ella también.

¡Agg! ¿Es que iba a obligarla a hacerle un placaje y derribarlo?  
¡Hom- bres! ¡Idiotas todos ellos!

—¿Ni siquiera persiguiendo a un ladrón puedes dejar tu ridícula  
muletilla de lado?

¡Oh, venga ya! Ladeó la cabeza y se encontró con su  
archienemigo corriendo a su lado, sujetando en una mano su tabla  
y en la otra el bolso que esta mañana le había robado.

—¿Y de dónde narices sales tú? —preguntó mientras giraban en  
una esquina sin perder de vista al ladrón.

—Del metro, ¡le dijiste a mi padre que te había robado! ¡Estuve  
me- dia hora haciendo el pino como castigo y luego me obligó a  
venir para pedirte disculpas! ¡Disculpas, a ti! —protestó él  
lanzándole una mirada de odio, ella le hizo burlas y siguió  
corriendo; el ladrón era bastante rápido y habilidoso, pero ellos  
también lo eran. Esquivaron sin proble- mas a todos los viandantes  
y lo siguieron hasta un callejón sin salida.

—Oye, oye... eso te pasa por dejarme encerrada en la azotea —  
con- testó deteniéndose frente al ladrón; el hombre al ver a sus  
perseguidores enarcó una ceja y los contempló con interés.

—¡Publicaste un anuncio donde me anunciabas como *stripper* gay!  
—gritó Damián señalándola con la mano.

—¡Porque tú me besaste!

—¡Porque tú me ignorabas!

—¡¿Oye, oye... y tú a dónde crees que vas?! —gritó al ladrón que  
intentaba huir aprovechando sus gritos; el hombre, que estaba a  
menos de un metro de ella, le dio un fuerte empujón hacia Damián  
(que la atrapó al momento) antes de huir—. ¡Que se nos escapa!

—¡«Oye, oye», no me grites! ¡Y si se nos escapa es por tu culpa!  
—le reclamó el pelirrojo, ella se separó de él rápidamente y se puso  
a correr detrás del ladrón de nuevo mientras escuchaba como  
Damián protesta- ba antes de iniciar la carrera—. Apesta a  
perfume de fresa.

—¡Eh, tú detente ahora mismo! —chilló ignorando el  
comentario de Damián.

—Tú sigue corriendo tras él —indicó el pelirrojo entregándole la  
ta- bla y su bolso, para luego saltar por encima de una valla e  
introducirse por otra calle.

Presumido.

Como sabía *parkour* solía presumir de ello haciendo cosas innecesarias, como saltar por encima de coches, vallas y muros, solo para demostrar lo genial que era y hacer que la gente lo mirase con envidia. Dafne miró la tabla y sopesó la idea de lanzarla contra el ladrón, pero ella no era tan buena lanzadora como Nora, así que mejor estarse quieta; apresuró el paso y redujo la distancia con el ladrón lo suficiente como para que se asustase.

—¡Oye, oye... juró que te haré pagar por... —Pero se calló de golpe al ver como Damián aparecía de la nada y derribaba al ladrón, para luego ponerle los brazos contra la espalda—. ¡Estás detenido por robo!

Metió las manos en el bolso y sacó las esposas que días atrás le había «tomado prestadas» a su padre, Damián obligó al hombre a ponerse en pie y entre los dos lo esposaron a una farola. Vio como el pelirrojo recogía el bolso de la anciana del suelo y posteriormente se secaba el sudor de la frente con el brazo; su actuación había sido espectacular, pero no iba a reconocerlo, nunca, jamás, ni aunque la torturasen durante mil años.

—Ha molado, ¿a que sí? —preguntó Damián quitándole la tabla de las manos de un manotazo, para luego subirse sobre ella y dar vueltas a su alrededor lleno de felicidad y orgullo—. Soy tan genial. Repite conmigo, «Oye, oye»: «Damien es genial».

—No me gusta decir mentiras —dijo ella con voz monótona bostezando de un plumazo la sonrisa que iluminaba el rostro de Damián—. Y te llamas Damián.

—¡Damien! ¿Es que para tu minicerebro es tan difícil de recordar? —exclamó el pelirrojo elevando un poco la voz, ella se limitó a fingir un bostezo y el chico le dio capirote en la frente ganándose una mirada de odio de su parte.

—Capturado por dos niños, qué patético —se lamentó el ladrón sin apartar la mirada de ellos.

Damián soltó una risita y miró hacia ella; Dafne también lo miró y por primera vez en su vida ambos se sonrieron. Quizás, y solo quizás, hacían un buen equipo.